



# **La acción del Espíritu Santo en la Asamblea**

1 Corintios 12 y 14:20-40

William KELLY

[biblicom.org](http://biblicom.org)



# Índice

<b>1 - Capítulo 12</b> . . . . .	<b>3</b>
1.1 - El Espíritu Santo y los dones . . . . .	3
1.2 - Peligro actual en las asambleas . . . . .	4
1.3 - La verdad revelada de Dios . . . . .	6
1.4 - El Cuerpo de Cristo . . . . .	7
1.5 - Jesús es Señor . . . . .	8
1.6 - Diversidad de dones . . . . .	9
1.6.1 - Palabra de sabiduría . . . . .	11
1.6.2 - El don de lenguas . . . . .	12
1.7 - Un solo Espíritu . . . . .	13
1.8 - Un Cuerpo: muchos miembros . . . . .	14
1.9 - Dos obstáculos . . . . .	17
1.10 - Cada miembro en su lugar . . . . .	18
1.11 - La interconexión de los miembros en Cristo . . . . .	18
1.12 - El sustento del Cuerpo de Cristo . . . . .	19
<b>2 - Capítulo 14 (v. 20 al 40)</b> . . . . .	<b>21</b>
2.1 - La acción del Espíritu Santo en la Asamblea . . . . .	21
2.2 - La Asamblea, morada de Dios . . . . .	22
2.3 - La unidad del Cuerpo de Cristo . . . . .	23
2.4 - El amor . . . . .	25
2.5 - Efectos de la redención . . . . .	26
2.6 - El mal uso de los dones . . . . .	27
2.7 - El Espíritu Santo con la Iglesia . . . . .	28
2.8 - Redimidos para gloria de Dios . . . . .	31
2.9 - Buscar la conducción de la Palabra de Dios . . . . .	32
2.10 - La edificación en la Asamblea . . . . .	33
2.11 - La acción en la Asamblea . . . . .	35
2.12 - Que todo se haga para edificación . . . . .	36
2.13 - Tener la convicción de ser conducido por Dios . . . . .	37
2.14 - El lugar de la mujer (hermana) en la Asamblea . . . . .	39
2.15 - El nombramiento de ancianos . . . . .	40

## 1 - Capítulo 12

### 1.1 - El Espíritu Santo y los dones

El tema que el apóstol trata en este capítulo, como una exposición del principio (que se continúa en el siguiente capítulo, donde tenemos el manantial de poder, y en el que sigue, donde tenemos la práctica) era uno de los que más necesitaban en aquel tiempo los santos de Corinto, y no menos ahora. Porque no hay mayor olvido de ninguna parte de la verdad de Dios entre los cristianos que, por un lado, su gran necesidad del Espíritu Santo y por el otro, al gran don de Dios. De hecho, está ligado a toda la bendición distintiva de la Iglesia. No es que estos capítulos lo contengan todo, ni que agoten todos los aspectos de la bendición; porque aquí tenemos a la Iglesia más particularmente vista como el escenario del poder de Dios, no tanto como el objeto del afecto de Cristo. Para esto último debemos consultar la Epístola a los Efesios. Pero aquí tenemos la verdad de la Iglesia (no el individuo) vista como aquello a lo que Dios había dado el Espíritu de poder, de amor (del que el apóstol trata en **1 Cor. 13**), y de la mente sana que debe mostrarse (que tenemos en **1 Cor. 14**).

El Espíritu de poder estaba allí, pero, cual sea la energía con la que obraba, el Espíritu Santo no ha dejado de lado la responsabilidad del hombre. Este no puede entender esto. Una persona divina –su oficio es estar aquí, para estar en los santos, la morada de Dios y que tengan, por lo tanto, un recurso infinito. Pero, al mismo tiempo, este poder del Espíritu todopoderoso de Dios no impedía que pudiera ser frustrado y obstaculizado, o que el testimonio que se pretendía dar no fuera estropeado, no solo arruinado en su objeto, sino convertido en objetos totalmente diferentes.

Esta fue la situación que se presentó entonces ante la mente del apóstol, como un asunto de advertencia, especialmente en **1 Corintios 10**. Mucho más es lo que se encuentra en realidad a nuestro alrededor en el momento presente, del cual la Palabra de Dios nos ha llamado a salir. Pero lo que tenemos que recordar, amados hermanos, es que cada uno de nosotros es propenso a volver más de lo que sospechamos a lo que hemos dejado atrás. Y de ahí que haya una fuente continua de debilidad, aún mayor, aunque no tan grosera, como la que se encontró entre los santos corintios. Vemos claramente en ellos lo poco que desaparecieron los efectos malignos de aquello de lo que habían salido. Sin duda, eran jóvenes en la verdad; pero el tiempo no erradica el mal, pues no es una cura para nada que ensalce al hombre. Solo hay un medio, y es el poder divino por la verdad; porque, si obra en nosotros, obra en

el auto juicio. El poder divino invariablemente –si ha de haber liberación del mal– nos hace sensibles a él, así como juzgarnos a nosotros mismos a la luz de Dios. No hay, ni puede haber nunca liberación práctica, hasta que el Señor, por el poder de su propia verdad traída a Casa por el Espíritu, nos hace sentarnos, en juicio sobre nosotros mismos, escudriñándonos y probándonos hasta el fondo.

Pero en cuanto a los santos de Corinto, estaban acostumbrados a una buena cantidad de una especie diferente de mal, habiendo estado bajo la influencia y la obra de Satanás, ya que él actuaba poderosamente en los paganos. Incluso antes de que viniera Cristo, había una gran cantidad de poder demoníaco en el mundo. Lo vemos rodeando al bendito Señor a cada paso. Sin duda había diferentes formas de poder de Satanás; pero una de las peores era la que, usurpando el nombre de Dios, había dado a los corintios la idea de poder religioso. De esta condición terriblemente falsa los corintios habían llegado a la Iglesia.

## 1.2 - Peligro actual en las asambleas

Y nosotros, ¿no tenemos ningún peligro especial? O si es así, ¿cuál? Hemos salido de una condición, es cierto, no de ese carácter grosero, pero de lo que no es menos realmente extraño a la mente de Dios. Hemos salido de lo que es, de hecho, una corrupción del cristianismo y, por lo tanto, somos muy propensos a traer pensamientos, sentimientos y hábitos, que hacemos bien en someter a la prueba de la Palabra de Dios, incluso los más ancianos de nosotros. Pero aquellos que son comparativamente jóvenes en el camino lo necesitan más particularmente; nunca han probado debidamente sus convicciones; han aceptado una cantidad de cosas, mucho más de lo que son conscientes, por la evidencia de otros, en lugar de por la enseñanza divina para ellos mismos. Junto con mucho de lo que es bueno, siempre existe el peligro de que mezclemos un poco de nosotros mismos en cada paso de ese proceso, y en particular no debemos dejar entrar o volver a entrar en lo que hemos salido.

Pero ahora el principio. Hay dos ideas principales entre los hombres que nos rodean, de las que todos hemos salido. La que prevalece más ampliamente es la que puedo llamar la idea **católica**, aunque quizás la mayoría de los que leen esta meditación han conocido comparativamente poco de ella como experiencia. Sin embargo, está ante nuestros ojos, y estamos constantemente en contacto de vez en cuando con personas que la padecen; y es bueno saber cómo enfrentarla. La idea católica se caracteriza principalmente por esto: toda la bendición, todo el privilegio, está en

la Iglesia Católica. El gran objeto de Dios es la Iglesia; allí está el Salvador, la vida, el perdón, todas las bendiciones; el único medio de tenerlas es estar en y de ella; y esto, además, como algo presente. Porque la idea católica no se aventura mucho en el futuro; ni el cielo es tanto el objeto de su contemplación como la tierra. La noción es que, estando todo el privilegio concentrado en la iglesia, el individuo apenas tiene un lugar apreciable. Está fundido. No es más que un elemento, y toda su importancia se debe a que pertenece a la iglesia. En cuanto a sí mismo, ni siquiera se le permite llamarse santo; y, en cuanto a ser santo en absoluto, es una cuestión que debe resolver la iglesia. No es Dios, sino la iglesia la que determina si ha de ser santo o no; y tal vez no se haga hasta cincuenta años después de que haya muerto y desaparecido. Ahora bien, sin duda todo esto es una ignorancia muy burda, pero es la forma que ha adoptado la Iglesia Católica.

Y recordad que al hablar de esto no me refiero solo al romanismo, sino a la antigua cristiandad, bajo cualquier aspecto que se presente.

Tenemos restos, como saben, que muestran el gran arraigo de esta teoría no mucho tiempo después de que los propios apóstoles desaparecieran de la tierra. No cabe duda de que ha habido una evolución desde entonces; pero, aun así, la gran idea era y es en gran medida lo que me he esforzado en exponer ante ustedes. Solo esto es esencial; todo lo demás es cuestión de detalles y puede diferir. Se encuentra tanto en el romanismo como en los cuerpos cristianos orientales; así fue al principio después de la partida de los apóstoles.

Pero una cosa nueva comenzó en la **Reforma**. Cuando el sistema católico había madurado hasta convertirse en una monstruosa cabeza de corrupción, cuando los resultados eran moralmente insoportables entre los hombres, cuando el pensamiento de la iglesia había arruinado o borrado por completo todo entendimiento correcto de Dios, cuando, por un lado, los que pertenecían a ella, individualmente considerados, eran tan poca cosa en la mente de los hombres que no era cuestión de vivir la fe, siempre que pertenecieran a la iglesia; y, por otro lado, cuando todos los que estaban fuera de la iglesia, por muy real que fuera su fe o su amor, eran considerados herejes, y no merecían mejor destino que ser castigados duramente en este mundo por el bien de sus almas; entonces surgió otro pensamiento contrario en el que solo destaca el individuo. El único punto aquí era que un hombre debe leer la Biblia por sí mismo, que debe creer y ser justificado por sí mismo, y que como por la fe se convierte en hijo de Dios por sí mismo, así debe tener su conciencia libre para servir a Dios por sí mismo. Aquí se perdió por completo todo pensamiento de la Iglesia y, por consiguiente, dejando de considerar la Iglesia de Dios, los indi-

viduos de este modo de razonamiento se combinaron y formaron iglesias para sí mismos. Esto creció, sin duda, hasta una extensión mucho mayor, y se llevó a cabo más plenamente, de lo que se contempló cuando se actuó por primera vez.

Pero encontramos, de hecho, que aquellos que justamente insistían en la importancia de la fe individual como el principio salvador para el alma, y como lo único que glorificaba a Dios, comenzaron a reunirse finalmente por sí mismos, a veces en un país, y luego, cuando en ese país comenzó a haber divergencias de opinión entre ellos, hicieron sus propias iglesias distintas. Si no les gustaba la gran iglesia pública del país, optaban por dividirse en diferentes sociedades religiosas, todas ellas intentando convertirse en iglesias. En principio, consideraban que una era tan buena como otra, pero la mejor iglesia era la que se adaptaba a la mente de cada uno. Esta era la idea individual llevada a sus resultados naturales, y eso es exactamente lo que encontramos ahora.

Tenemos, de hecho, los dos sistemas enfrentados. Tenemos la vieja noción católica en aquellos cuerpos que hacen que todo sea una cuestión de privilegio eclesiástico, que dicen que solo en esta iglesia se puede encontrar la vida eterna, o en todo caso la esperanza de ella –casi podría decir, la oportunidad de ella, pues se trata de eso. Todo el sistema es una cuestión de la iglesia que dispensa, la iglesia que actúa, la iglesia que se pronuncia, la iglesia que enseña lo que es verdad, y realmente salva; todo es una cuestión de la iglesia. Pero en el otro caso la iglesia se pierde en el individuo. Es el individuo que por fe ha recibido el evangelio y se ha convertido en cristiano, el que consecuentemente usa su propio juicio para formar su propia iglesia, o unirse a la iglesia que más le gusta. Tal es el estado de las cosas a nuestro alrededor.

### **1.3 - La verdad revelada de Dios**

Permítanme ahora preguntarles, ¿cuál es la verdad de Dios con respecto a todo esto? Y aquí es donde entra la importancia de la verdad revelada. Los corintios corrían el peligro de caer en una u otra de estas dos cosas, como veremos claramente en estos capítulos. No es, en efecto, una cosa muy rara encontrar una mezcla de las dos, y esta mezcla la podemos rastrear entre los corintios. La gran cosa a la que quiero llamar su atención es esta: la bendita manera en la que el Espíritu Santo interfiere para establecer al creyente en la verdad; y así, sin controversia, el alma se encuentra capaz, mientras es guardada de lo que es malo en cada uno de estos principios, de disfrutar de todo lo que es correcto en ambos, como la única voluntad de Dios.

No hay posibilidad de que una cosa se mantenga en la tierra, a menos que haya algo que le dé un derecho moral. Debe haber un fragmento de verdad para ganar y mantener unidos a los cristianos. Lo mismo ocurre cuando observamos la idea católica, y en lo que podría llamarse la protestante. Hay una medida de verdad en cada una; pero cuando llegamos a la Palabra de Dios, ahí tenemos la verdad de ambas, y en este orden: –no es primero la iglesia y luego el individuo, sino primero el individuo y luego la iglesia.

Así se nos presenta en este capítulo, como siempre en la Escritura. Tomemos [Mateo 16](#); ¿cuál es la pregunta que el Señor hace primero? «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» (v. 13). Uno de ellos da una respuesta para sí mismo –una respuesta que habría servido para cada uno, aunque el que habló fue más allá del resto: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo» (v. 16). Esta era una confesión completa de Cristo, que lo reconocía no solo como el verdadero Mesías, sino como una persona divina en la más estrecha relación con el Padre; y en el momento en que el Señor Jesús la escucha, saca a relucir el pensamiento de la Iglesia: «Sobre esta Roca edificaré mi Iglesia» (v. 18). Entonces no había empezado a construirla, y aún no ha terminado de hacerlo.

## 1.4 - El Cuerpo de Cristo

De nuevo en la Epístola a los Efesios el mismo orden es muy marcado. El cristiano individual siempre precede al Cuerpo. Tomemos por ejemplo [Efesios 1](#). Solo en el último versículo vemos a la Iglesia; y, si miramos a lo largo de toda la epístola, es regularmente así. El individuo está siempre puesto en su propio lugar, y esto es necesariamente una cuestión de fe; porque la fe es indispensable para el individuo, y debe serlo. No puede tener fe por otro. Cada uno debe tener fe en Dios por sí mismo. Puede existir la fe, el depósito común de la verdad, que todos poseemos; pero, aun así, cuando miramos la fe en sí, es necesariamente individual en el alma. Luego viene la cuestión de la Iglesia como el Cuerpo de Cristo.

Cuando uno cree en el Evangelio, recibe el Espíritu, que no solo es el sello de la salvación, sino que también lo une a Cristo como miembro de su Cuerpo. Estas son relaciones divinamente dadas, ya sean individuales o corporativas; pero la corporativa sigue a la individual, siendo el poder en ambas el Espíritu Santo después de que la redención fue efectuada, pues el Espíritu Santo no fue dado hasta que Jesús fue glorificado.

Lo mismo sucede en el capítulo que tenemos ante nosotros.

El apóstol abre el asunto así: «No quiero, hermanos, que seáis ignorantes con respecto a los asuntos espirituales». Se observará que la palabra “dones”, en muchas versiones, ha sido insertada por los traductores. Y no es correcto, porque el tema, aunque abarca los dones, va más allá, y abarca lo que es de importancia mucho más profunda por ser la fuente de todo, la presencia del Espíritu obrando en el poder soberano de una persona divina en la Iglesia, y por sus miembros. Tal vez «espirituales» daría la idea si nuestro lenguaje pudiera soportarlo sin ninguna adición. Si debemos, para mayor claridad, suministrar uno, debería ser «manifestaciones o asuntos» en lugar de «dones».

A continuación, les dice: «Sabéis que cuando erais gentiles» – no «que erais». No era nada nuevo decirles que eran gentiles, pero «cuando erais gentiles se os extraviaba, llevándoos arrastrados hacia los ídolos mudos». Es decir, no se trataba de una simple conducción, sino más bien, en aquellos días paganos, de un arrastre hacia lo que ahora mirarían con horror, viendo la excesiva locura de ello, así como su osadía. Era la oposición directa de Satanás a la verdad de Dios. Aprenderían que el verdadero Dios es cualquier cosa menos un ídolo mudo, que es uno que no solo nos ha hablado por medio de su Hijo, sino que abre las bocas que antes eran mudas para que hablen por Jesucristo el Señor por medio de su Espíritu.

## 1.5 - Jesús es Señor

Así, el apóstol introduce la prueba de los espíritus en la confesión de Jesús como Señor (v. 3): «Por lo cual os hago saber que nadie, hablando por el Espíritu de Dios, dice: Jesús es anatema». Aquí no se refiere, por supuesto, solo al término preciso «anatema» o «maldito»; pero lo que tiene, como juzgo, en su mente, es esto: cualquier cosa que rebaje a Jesús es una imposibilidad para el Espíritu Santo –un principio muy simple, pero que es la única prueba perfecta para toda la verdad en la Iglesia de Dios. El apóstol lo da en una forma doble, un criterio a favor, así como en contra. «Nadie puede decir: Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo». Si el hombre se aventura sin el Espíritu de Dios, se convierte en presa del malvado que pretende rebajar a Jesús. Solo el Espíritu Santo sabe lo que es propio de Jesús. Y no habla de él simplemente como Hijo de Dios. El punto donde entra el error es en el Hijo de Dios que se hace hombre; porque es la compleja persona del Señor Jesús la que expone a las personas a quebrarse fatalmente. Hay quienes, sin duda, niegan su gloria divina; pero hay una forma mucho más sutil en la que se rebaja al Señor

Jesús, y es cuando se reconoce que es un hombre, pero se permite que la hombría del Señor en cierto modo anegue su gloria, y neutralice la confesión de su persona. Así, uno se queda pronto perplejo, y deja que lo que lo pone en asociación con nosotros aquí abajo funcione para falsificar lo que tiene en común con Dios mismo. Solo hay una cosa sencilla que mantiene al alma en lo cierto en cuanto a esto, y es que no nos aventuramos a husmear y nunca nos atrevemos a discutirlo, temiendo precipitarnos en una locura humana sobre un terreno tan sagrado, y sintiendo que en un terreno como ese solo somos adoradores. Dondequiera que esto sea olvidado por el alma, se encontrará invariablemente que Dios no está con ella, que permite que el que está seguro de sí mismo y se aventura a hablar del Señor Jesús, pruebe su propia locura. Solo por el Espíritu Santo puede saber lo que se revela del Señor Jesús. Pero entonces tenemos la doble guardia: si un hombre rebaja a Cristo, no es por el Espíritu; y si un hombre dice verdaderamente que Él es el Señor, es por el Espíritu. Aquí está la prueba principal para uso perpetuo en la Iglesia de Dios.

Esta es la verdad sobre la cual debemos ser celosos por encima de todo. Porque hay una naturaleza divina en el hijo de Dios que es sensible a lo que afecta a Cristo, y debería serlo. No puedo concebir nada más destructivo para el alma que perder esta sensibilidad. La persona de Cristo es un asunto demasiado serio, demasiado fundamental, para que se permita cualquier especulación, y, de hecho, la razón de ello es esta: el Espíritu Santo, por quien es toda la verdadera enseñanza, no está realmente con el alma que se aventura a enseñar con sus propios recursos. Él está aquí con el propósito expreso de glorificar a Cristo. Ahora bien, esta es una gran cosa en la que hay que fijarse simplemente. El Espíritu Santo de Dios está aquí con ese propósito. No es meramente para consolar o edificar, aunque ambas cosas entran en juego; pero el propósito que constantemente se tiene en mente es este: está aquí para exaltar a Cristo, y para guardarlo de todo lo que lo rebaja. Este es el objetivo y la obra del Espíritu de Dios tal como se presenta en la enseñanza que tenemos ante nosotros.

## 1.6 - Diversidad de dones

Ahora que el apóstol ha introducido esta gran espada de dos filos, por así decirlo, para guardar la gloria del Señor Jesús, lo encontramos volviendo a otra gran verdad en el versículo 4: «Hay diversidad de dones». Los corintios actuaban como si los únicos dones de los que valía la pena hablar, y estos por encima de todo y evidentemente grandiosos, fueran un despliegue manifiesto del poder divino como el

de hablar muchas lenguas sin haberlas aprendido, o el de hacer milagros. Sin duda llamaban la atención sobre la persona que tenía el poder de hablar u obrar así; y es muy evidente que había un poder divino actuando de manera especial. Pero el Espíritu de Dios recuerda una de las verdades más características de su propia presencia en la Iglesia: «Hay diversidad de dones». Lo que no deja espacio para cada don que Dios ha dado, no es la Iglesia de Dios actuando como tal. Siempre que sea un principio aceptado o una práctica establecida, siempre que haya una situación que excluya las diversidades de dones que Dios está dando ahora a la Iglesia de Dios, es un estado que Él rechaza. Es contrario a la naturaleza y al objetivo de la Iglesia de Dios. No me refiero a una apertura para su ejercicio aquí o allá en puestos de avanzada, o en formas menos importantes y comparativamente privadas, sino en las mayores ocasiones, la reunión de todos los santos como Asamblea de Dios, ya sea para la cena del Señor o en otros momentos. Así lo ordenó el Señor como lo muestra el apóstol en todo el contexto donde, corrigiendo desórdenes, mantiene esto intacto.

Hay diversidad de dones, «pero el Espíritu es el mismo» porque, aunque estos dones difieren inmensamente en su carácter, sin embargo, todos provienen de la misma fuente. Dios tiene que ver con uno tan verdaderamente como con otro. Hay una inmensa diferencia entre los dones menores y los mayores, pero «el Espíritu es el mismo»; y si yo quisiera respetar el Espíritu de Dios, debería respetar el menor don que viene de Él. Luego hay otra cosa que los corintios habían olvidado (v. 5): «Y hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo». Uno no puede tener un don sin ser un siervo; es decir, uno no es su propio dueño en el uso del don, sino un siervo del Señor Jesús. Esto lo habían olvidado los corintios. Actuaban de forma independiente. Incluso el propio Espíritu Santo se ha dignado tomar el lugar de un siervo, y, habiendo descendido a ese lugar, no eleva a nadie por encima de él. Esta es la siguiente gran verdad que se nos presenta: No solo diversidades de dones y el mismo Espíritu, sino diferencias de administraciones, es decir, de servicios, y sin embargo el mismo Señor. Y, por último, estaban los resultados producidos por estos poderes que actuaban en sujeción a la gloria del Señor Jesús. Porque si había estas diferencias o «diversidades de actividades», como se les llama (v. 6), pero, «el mismo Dios hace todas las cosas en todos». ¡Qué hecho tan inmenso en un mundo de vano espectáculo!

Si esto fue más bien la declaración general del poder divino en la Iglesia de Dios, llegamos en el siguiente lugar a su obra en cada individuo. El apóstol ha estado mostrando el principio común. Había el mismo Espíritu, por el cual se distribuían

todos los dones, el mismo Señor y el mismo Dios; pero ahora llega a las formas particulares del don: «Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos» (v. 7). No es para que el individuo se manifieste a sí mismo, sino para el beneficio de los demás. El gran objetivo de todas estas obras del Espíritu de Dios en la Iglesia es que estos dones produzcan el bien común.

### 1.6.1 - Palabra de sabiduría

Luego tenemos: «Porque a uno, mediante el Espíritu, le es dada palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento, según el mismo Espíritu» (v. 8). Nótese que añade cuidadosamente «según el mismo Espíritu», porque el conocimiento tiene un carácter considerablemente inferior al de la sabiduría, pero al mismo tiempo el «conocimiento» que posee aquí es tan verdaderamente por el Espíritu Santo como la «sabiduría». ¿Qué es esta palabra «sabiduría» en comparación con la palabra «conocimiento»? Recoger la verdad mediante el estudio serio de la Palabra de Dios está lejos de ser un error. En efecto, es del Espíritu Santo; y el resultado es «conocimiento», y la expresión que Él da es «la palabra de conocimiento». Así que Timoteo fue llamado a entregarse por completo a ella. De hecho, lo que se recoge así debe considerarse con toda justicia como «palabra de conocimiento», y esto tiene sin duda su valor; como lo tiene todo lo que Dios da por el Espíritu Santo a la Iglesia de Dios. Lo que una persona recoge, trabajando espiritualmente en el campo de la Palabra de Dios, tiene su lugar, está destinado a todos y es refrescante para los santos de Dios.

Pero no es exactamente lo mismo que la «palabra de sabiduría»; porque la palabra «sabiduría» indica que el alma está ocupada no meramente con la Escritura, sino con Aquel que la dio para que uno pudiera conocerse a sí mismo; donde el alma, provista por la Palabra de Dios, sabe lo que es recoger la propia mente de Dios; no simplemente tenerla en detalles, como se da aquí y allá en las Escrituras, sino por una apreciación más profunda de su Palabra, para entrar en ese conocimiento de él que se encuentra no tanto en el estudio de los textos, como en la comunión con Su propia naturaleza, caminos, carácter, y sobre todo con Cristo mismo. No hace falta decir que siempre se le encontró «la sabiduría de Dios». Nunca se llama a Cristo el «conocimiento de Dios», ni podría serlo, sino la «sabiduría de Dios» (1 Cor. 1:24). Es más bien, repito, estar bebiendo no simplemente del arroyo, sino en el manantial de todo en Dios mismo. De ahí se extrae la «palabra de sabiduría», siguiendo el curso del río hacia arriba.

Ahora habrán notado que el apóstol no comienza con lo que era tan evidentemente

llamativo. Comienza, por el contrario, con lo que los corintios amaban muy poco, lo que evidentemente habían descuidado y dejado de lado al buscar esas poderosas manifestaciones que ocupaban sus activas mentes. El apóstol los lleva primero a lo que edifica: «A uno... le es dada palabra de sabiduría; a otro, palabra de conocimiento». Luego pasa al don de la «fe», es decir, ese poder que permite al alma superar las dificultades. Esta es la fe a la que se refiere aquí. Hay que recordar que el don de la fe no significa el acto de creer en la verdad, que, por supuesto, es indispensable para todos los santos.

Luego llegamos a lo que era sensible para todos o palpable incluso para un incrédulo. «A otro dones de curaciones, por el mismo Espíritu; a otro poderes milagrosos; a otro profecía; a otro discernimiento de espíritus» (v. 10). Esto último no significa discernir si las personas eran o no cristianas, sino discernir si el espíritu por el que hablaban era de Dios o de Satanás. En resumen, era un poder especial en la aplicación del criterio preliminar dado en el tercer versículo, que ya hemos notado.

### 1.6.2 - El don de lenguas

Luego tenemos (v. 10 al 12), «A otro diversidad de lenguas; a otro interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las hace el único y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere. Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también es Cristo». Aquí tenemos el principio fundamental que deseo afirmar esta noche con toda la claridad de la Palabra; y de esta manera percibimos cómo la enseñanza divina puede tomar todo lo que es verdadero de las dos ideas que hemos visto en acción, dar su justo lugar a cada una, y combinarlas a ambas, en lugar de ponerlas en guerra una con otra.

Todo lo que realmente debilita la fe no sería de Dios. Cualquier cosa que intercepte el alma, cualquier cosa que se atreva a interponerse entre ella y el objeto de la fe, no podría ser de Dios; y de ahí, por tanto, que la palabra de la predicación que Dios emplea para nuestra conversión tenga exactamente este objeto, es decir, poner al individuo ante Dios, presentarle a Cristo, satisfacer sus necesidades y su miseria, y su distancia de Dios. Por lo tanto, se trata de una cuestión de fe. Por la fe es que un hombre es justificado; por la fe se convierte en un hijo de Dios. Todas las grandes bendiciones individuales giran en torno a la fe en Cristo que un hombre tiene para sí mismo, dada a él por el Espíritu Santo a través de la Palabra de Dios. Es por medio de Cristo (no necesito decirlo) traído y revelado a su alma que se produce esta fe.

Pero hay más que esto para ver. Cuando es un creyente, ¿qué sigue? Cuando se somete al testimonio de Dios, cuando ha recibido la palabra de verdad, cuando le ha dado el Espíritu Santo, ¿cuál es el efecto? Es llevado a la unidad del Cuerpo de Cristo. No es simplemente que haya obtenido el Espíritu Santo, dándole el gozo de la verdad que ha recibido, y con ello poder y libertad ante Dios; sino que, además, el Espíritu da la unión con todos los que aquí en la tierra pertenecen a Dios, que son liberados por Dios y para Dios.

He aquí, pues, cómo encontramos la combinación de los dos principios, totalmente dislocada por el hombre. Ha divorciado lo que debería estar siempre unido. Si se mira solo al hombre, no puede haber duda de que el principio individual (o, como podemos decir, el protestante) de la fe es un principio incomparablemente más seguro que el católico, que hace de la iglesia todo. Pero, amados amigos, no estamos mirando las cosas simplemente con respecto al hombre, sino también con respecto a Dios; y estamos obligados a hacerlo, y el Espíritu Santo está aquí con el propósito de cuidar la gloria de Dios, lo que se hace haciendo a Cristo el objeto. Solo Él es el objeto de todos los propósitos de Dios, y la consecuencia es que hasta que no entremos en los propósitos de Dios nunca podrá haber un disfrute seguro o amplio de la verdad.

## 1.7 - Un solo Espíritu

Porque cuando tenemos el Espíritu de Dios, como ahora se le da al creyente, no es solo individualmente; sino que es bautizado en, o se le hace pertenecer, al único Cuerpo. «Un solo espíritu es con él» (véase [1 Cor. 6:17](#)). Es, por consiguiente, uno con todos los que son del Señor. Esto, entonces, nos enfrenta a la verdad adicional de que el Espíritu Santo no se limita a imprimir la unidad en los santos, y luego los deja, sino que está aquí para hacer buenos todos los objetos de la gloria de Dios. Es de gran importancia que los hijos de Dios miren el asunto personalmente. Incluso me temo –y particularmente donde la gente confía en los credos en lugar de las Escrituras– que la simplicidad y la fuerza de la simple verdad de que el Espíritu Santo es una persona divina es poco comprendida y poco creída. Tal es el caso ahora, creo, entre aquellos que son comúnmente llamados “evangélicos”, ya sean disidentes o eclesiásticos. Siendo la fe en el Espíritu Santo como una persona divina débilmente sostenida, encontrarán que generalmente hablan del Espíritu Santo como una “influencia”. No es que nieguen la existencia del Espíritu de Dios, sino que no ven la importancia de que sea una persona divina; y, además, una persona divina que es-

tá aquí obrando en los santos de Dios y en la Asamblea de Dios, soberanamente o como Él quiera, para glorificar al Señor Jesús.

Ahora bien, aquí tenemos precisamente la verdad que los corintios apreciaron tan poco, y por eso el apóstol la pone de manifiesto de esta manera tan clara. «Pero todas», no “algunas de ellas”, no solo las que se hicieron tan notorias, sino «estas cosas las hace el único y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere. Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también es [no solo la Iglesia, sino] Cristo». El apóstol, sin duda, está mirando a la Iglesia, pero la mira con la Cabeza, como inseparablemente unida. No habla así a los efesios. Ellos no requerían que se les reprimiera tanto como a los corintios. Imposible haber sido tan flojos como los corintios, si hubieran recordado que todo el ser, Cabeza y Cuerpo, era un solo Cristo. Se consideraban a sí mismos como investidos de poder, y esto era prácticamente todo el asunto. Pero el apóstol les mostraría que estos poderes no son más que una pequeña parte, y una parte inferior, de un vasto sistema de obra divina en la Iglesia en la tierra. Es un Cuerpo con Cristo, e incluso llamado así, del que todos y cada uno de nosotros somos miembros vivos. «Así también es Cristo. Porque todos nosotros fuimos bautizados en un mismo Espíritu para constituir un solo cuerpo, seamos judíos o griegos, seamos esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu» (v. 13).

## 1.8 - Un Cuerpo: muchos miembros

Luego tenemos: «Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. Si dijera el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo; no por esto deja de ser del cuerpo» (v. 14-15). Ahí tenemos claramente el descontento con lo que el Señor había dado. ¿Y nunca hubo mayor razón para que esto se analizara que ahora? Siempre que un alma se encuentre utilizando el don que se le ha dado, habrá bendición; pero si, por el contrario, el que tiene un don humilde, como el que representaría «el pie», codicia lo que no tiene, su propia obra se pierde al ignorar su propio lugar en el Cuerpo. Por lo tanto, todo el pensamiento es deshonoroso para Dios. Así también: «Y si dijera la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo; no por esto deja de ser del cuerpo» (v. 16). Puede recorrer los miembros, tanto los más altos como los más bajos.

En el versículo 17 lo expresa así: «Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato?». La bendición del Cuerpo está en que cada miembro cumpla su propia función; porque no es solo mi oído el que oye, sino

yo el que oye, ni es solo mi ojo el que ve, sino yo el que ve. Es el hombre. Y esto es lo que da, por lo tanto, tal sentido de unidad y es un medio tan real de bendición para cada miembro, tanto el menor como el mayor. Todos contribuyen; y de hecho habría una pérdida muy sensible, si el miembro más pequeño dejara de hacer su parte. Esto es lo que los corintios habían perdido gravemente de vista; pero nosotros estamos en el mismo peligro que ellos, y de hecho estamos más particularmente en peligro, porque, habiendo salido de sistemas donde solo había lugar para el sacerdote o el ministro, naturalmente tendemos a ello. No hay nada en lo que la gente se deslice más pronto que en esta clase de aislamiento e individualidad; porque en su mayor parte han venido de donde la individualidad era fuerte, y el lugar de la Iglesia era desconocido o estaba empantanado. Porque no es más cierto que el principio de la «Iglesia» destruye al «individuo», que el principio del «individuo» destruye al de la «Iglesia», si cada uno se queda solo.

La bendición de la verdad es que tenemos ambas –la bendición individual primero clara, y luego la corporativa, y ambas, también, hechas buenas por el Espíritu de Dios. Si el Espíritu de Dios lleva a mi alma a conocer a Cristo, a descansar en él, y a regocijarse en él ante Dios, no puedo tener eso sin cuidar a otros que tienen la misma bendición. Esta es la manera en que Dios une los dos principios y los concilia en torno a la persona del Señor Jesucristo. Porque no es simplemente que lo tengo como un Salvador; lo tengo también como la Cabeza del Cuerpo, como se nos dice aquí. «Así también es Cristo». Qué norma tan ennoblecadora y a la vez verdaderamente humillante para nuestra práctica, que todo lo que somos es una representación de Cristo. No me refiero a la persona sola, sino cuando nos reunimos en la asamblea, pues esta es la forma pública de mostrar a la Iglesia. Por lo tanto, ¡cuán celosos debemos ser de que cada reunión de la asamblea presente a Cristo en verdad! Si pertenecemos a la Iglesia de Dios, ¿qué importa cualquier otra iglesia? La suya es la única Iglesia por la que vale la pena contender; si somos cristianos, somos de ella. Todo lo que necesitamos ver es que caminemos, y nos reunamos, y adoremos en consecuencia.

Esta es, pues, la primera violación del pensamiento de la unidad, es decir, el descontento con el lugar que el Señor nos ha dado, el deseo de algo más grande, algo más prominente que lo que es nuestro. «Pero ahora», dice el apóstol, «Dios colocó a cada uno de los miembros en el cuerpo como él quiso». ¡Cómo se establece esto para el alma! Esto es lo que, amados hermanos, todos queremos tener más claro. Tal vez haya personas en esta sala que hayan entrado simplemente creyendo que aquí estamos disfrutando de las cosas con más sencillez y pureza. Yo lo creo; pero eso

no les da la verdadera medida, ni explica por qué hemos dejado lo que el hombre ha hecho en la voluntad propia. Es el hecho de que tenemos que ver con Dios en el asunto, y que Dios tiene que ver con nosotros; que nos reunimos porqué y cómo es la voluntad de Dios. Seguramente Dios sigue llevando a cabo ese edificio, su santo templo; seguramente sigue llevando a cabo la obra del Espíritu Santo según la figura de la que se habla aquí: El Cuerpo de Cristo. Cualesquiera que sean las dificultades, o el desorden, o la confusión, permanece, y de ese Cuerpo somos nosotros. Hemos llegado a lo que lo expresa, y es como miembros de Cristo que nos reunimos como lo hacemos.

Cada reunión de fieles en la que participamos es un testimonio del Cuerpo único, aunque reconocemos francamente el estado de ruina en que se encuentra la Iglesia aquí abajo; incluso el alma más humilde que es aceptada en el nombre del Señor Jesús, como hecha por el Espíritu Santo miembro del Cuerpo de Cristo, tiene un lugar tan real en él como cualquier otra. No solo lo son los miembros prominentes, sino que no lo son menos los que se describen según la figura del apóstol aquí como los «más débiles» (v. 23). Es de importancia práctica que aceptemos sin reservas la verdad de Dios con respecto a esto. Así que, suponiendo que haya verdaderos cristianos que causen problemas o dificultades, es la enseñanza del Espíritu de Dios que debemos aceptarlos de corazón. ¿Qué clase de madre sería la que encontrara una falta y se impacientara con uno de sus hijos que tuviera algún problema? Una verdadera madre se preocuparía ansiosamente por ese hijo más que por cualquiera de los otros, porque es el que más necesita de su amor. ¿No puedo decir entonces que es exactamente así, como el Señor nos llama a ser? Porque ¿qué es una mente espiritual, sino una mente en posesión de afectos y de un juicio conforme a Dios, de modo que nos encontremos buscando exactamente las mismas cosas que Cristo, sin desear en lo más mínimo librarnos de una prueba o dificultad o cualquier otra cosa por el estilo, sino soportándola, no solo con paciencia, sino con amor ejercido por ella?

Retomemos brevemente la otra forma en que se suele dejar de lado la obra del Espíritu de Dios. «No puede el ojo decir a la mano: No tengo necesidad de ti; y tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros» (v. 21). Aquí tenemos la contraparte exacta de lo que hemos estado viendo. No es la parte inferior la que quiere ser algo mayor, sino la parte superior la que desprecia a la menor. Estas cosas, hermanos, no deberían ser así. Pero como lo fueron entonces y lo son ahora, hacemos bien en tomar a pecho esta instructiva advertencia. La propia naturaleza del cuerpo se levanta para reprender el don mayor que desprecia o impide el menor. Seamos

agradecidos a la gracia que nos ha dado cualquier lugar; cumplamos con seriedad las funciones que Dios nos ha dado en el Cuerpo de Cristo; pero valoremos y aprovechemos al máximo a todos los demás miembros, y no menos a los que tienen un lugar totalmente diferente al nuestro. El desprecio esté tan lejos de nosotros como el descontento.

## 1.9 - Dos obstáculos

Aquí tenemos los dos grandes obstáculos que actúan con demasiada frecuencia. En ambos casos vemos claramente la carne y no el Espíritu de Dios; porque el Espíritu de Dios, como obra en todos, toma a cada uno y le da su lugar, y esto porque es Dios quien los ha puesto allí. Por consiguiente, siempre que el Espíritu de Dios obra así en las almas, se debe evitar cualquier cosa que debilite o frustre la voluntad de Dios: sobre todo, si también se extrae el amor hacia cada miembro del Cuerpo de Cristo, porque es un miembro. Sin embargo, no necesitamos entrar en esto ahora.

Observaran que en el versículo 21 el apóstol es más perentorio que en el 15. Tenemos en el primero: “El Cuerpo de Cristo es el que está en el mundo”. En el primero tenemos: «No puede el ojo decir a la mano», mientras que en el segundo es «Si dijera el pie». El uno es el peligro del don fuerte o mayor, el otro del débil o menor; y el primero es de los dos el más ofensivo para el Señor.

En el versículo 21 el apóstol toma los dos extremos más grandes de todos. «Tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros». Él está mirando aquí, por supuesto, simplemente en el Cuerpo, y sacando la fuerza moral de la comparación, que es, que el don más alto no puede tratar el más bajo como si fuera innecesario para él. Y, de hecho, es así donde la gracia funciona; porque estoy persuadido de que encontrarán que cuanto mayor sea el don (donde hay espiritualidad, así como don), habrá un deseo más sincero de que funcione el menor don que Dios ha dado para el bien de la Iglesia. No se pensará que, porque una persona tiene un don superior, todos los demás deben callar mientras él esté presente. El manantial de la bendición en la Asamblea es Dios mismo, y no ningún miembro particular del Cuerpo, aunque pueda ser por gracia un canal muy importante de trabajo para el bien de la Asamblea. El gran punto es el sentido de que Dios es quien trabaja en la Iglesia; y Dios puede, incluso en presencia del más grande, podría ser incluso del propio apóstol, complacerse en usar, de una manera verdadera para la edificación, un miembro muy simple y humilde del Cuerpo de Cristo.

## 1.10 - Cada miembro en su lugar

Lo principal es que ni los miembros menores deben desear un lugar mayor del que tienen, ni los mayores deben actuar de ninguna manera como si pudieran prescindir de los más pequeños. Todos son preciosos en la Asamblea de Dios. «Al contrario» (y esto trae lo que he referido), «los miembros del cuerpo que parecen ser más débiles, son mucho más necesarios» (v. 22). No es que tengan solo su lugar, sino que «son... necesarios». Pueden ser lo suficientemente difíciles a veces, y muestran demasiado claramente la debilidad de aquellos que no tienen el poder de elevarse por encima de las circunstancias y las cosas que los rodean, pero aún así «son necesarios». Y, «los miembros del cuerpo que nos parecen menos dignos, los rodeamos con más honor, y nuestros miembros menos decorosos, los tratamos con mayor decoro, mientras que nuestras partes decorosas no tienen necesidad» (v. 23). Tomemos, por ejemplo, el rostro. No es necesario cuidarlo, porque es una parte hermosa en sí misma. Pero, naturalmente, tenemos más cuidado de la parte que no tiene la misma belleza, como por ejemplo el pie. Así que aquí encontramos el objetivo divino: «Pero Dios ordenó el cuerpo, dando mayor honor al que le faltaba; para que no haya división en el cuerpo» (v. 24-25). Procura, pues, que no se deje de lado lo que Dios ha dado para el bien de la Iglesia, ya sea que los menores o los mayores se opongan entre sí. Si es así, se produce el mismo resultado, en cualquiera de los dos casos. Es el hombre el que frustra el gobierno de Dios, es más, su riquísima gracia en la Iglesia: ¿haría incluso que el Espíritu apareciera como parte en la deshonra del Señor? ¡Que seamos guardados y guiados en el camino de Cristo!

## 1.11 - La interconexión de los miembros en Cristo

El apóstol continúa: «Y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él; si un miembro recibe honor, todos los miembros se alegran con él» (v. 26). Y luego, en el siguiente versículo, trae una declaración bien digna de nuestra madura consideración: «Vosotros sois Cuerpo de Cristo». No es, por supuesto, que fueran independientes de cualquier otro en todo el mundo; pero aun así eran la expresión de Cristo en ese lugar en particular. Estrictamente hablando, no es «un» cuerpo como si hubiera más de uno, ni «el» cuerpo como si solo ellos lo completaran, sino «cuerpo de Cristo». Ellos tenían los privilegios y la responsabilidad adjunta. Ellos eran su Cuerpo allí. Si fueran a otro lugar, no encontrarían otro cuerpo, sino el mismo. Mirándolos individualmente, vemos que «son miembros cada uno en particular» (v. 27).

Cada miembro es un miembro de Cristo, de la Iglesia, su Cuerpo. De hecho, no hay tal cosa en la Escritura como un miembro de una Iglesia. La Escritura repudia tal lenguaje, que procede de la idea “individual” que hemos estado viendo. Allí todo está individualizado, incluso la propia Iglesia, así como cada persona que pertenece a ella. Todo está sobre una base falsa, no para nuestras relaciones como cristianos, sino para las de la Iglesia.

La verdad es que el Espíritu Santo, al ser una persona divina –que actúa por igual, por tanto, en todas las asambleas del mundo–, necesariamente hace que todos sean uno; y esta es la razón por la que no existía «un solo cuerpo» (10:17), hasta que bajó el Espíritu Santo. De este modo, no es la fe la que une a Cristo. Admito perfectamente que, a menos que haya fe, un hombre nunca llegará al cielo, y por lo tanto nada es más importante. Esto era cierto antes de que la Iglesia existiera en absoluto; pero ahora con ella es cierto algo más. Ha descendido una persona divina, que nunca tomó carne como el Señor Jesús, y que, por tanto, nunca se complació, por así decirlo, en desplegar su gloria en un método tan circunscrito como el de tener un cuerpo preparado para incorporarse a su naturaleza divina, es decir, para ser él mismo un hombre sin dejar de ser Dios. Pero ahora, de hecho, el Espíritu Santo, no habiéndose complacido en tomar un cuerpo o encarnarse, toma a todos los que creen en nuestro Señor Jesucristo y los lleva a la unidad. Este es el verdadero relato de la Iglesia, y no otro; y la consecuencia es, por tanto, que, esté donde esté, es siempre el «cuerpo de Cristo». Es así dondequiera que uno encuentre a los santos reunidos en el nombre de Cristo. Dondequiera que se reúnan en su nombre, allí el Espíritu Santo queda libre para obrar para la gloria de Cristo. Ay, cuántos verdaderos santos están dispersos en sectas, sin reunirse así. La situación que nos rodea es que las dos cosas no se encuentran juntas. Hay «miembros cada uno en particular», pero no se aferran a él como la Cabeza, ni se reúnen sobre la base del «Cuerpo de Cristo». Hablo del hecho, no de la inteligencia. Hay muchos cristianos reales, sin duda, pero no se encuentran simplemente sobre esa base. Hablo ahora de individuos dispersos de arriba abajo entre las denominaciones. Son miembros de Cristo; pero ¿podría decirse de ellos, desde el punto de vista de su denominación, que se reúnen como «el Cuerpo de Cristo»?

## 1.12 - El sustento del Cuerpo de Cristo

Ahora bien, nuestra sabiduría consiste en poseer y actuar sobre esta verdad como sobre cualquier otra que conozcamos. Dios nos ha mostrado el fracaso y la ruina

de la Iglesia, y que todo lo que no sostenga el principio del Cuerpo de Cristo estará siempre equivocado. Si solo pienso en la ruina de la Iglesia, no habrá confianza, ni un avance feliz según la mente de Dios: el hecho de la ruina se usará como excusa para no hacer nada. Pero si creemos que Dios tiene su Iglesia, aunque en este momento se encuentre en un estado de confusión, debemos, si somos miembros de ella, afligirnos por ello y humillar nuestras almas; pero debemos ver que no actuamos de manera inconsistente. Si son pocos los que se reúnen y poseen esta verdad, el Espíritu de Dios los poseerá. El gran principio de esto es verdadero ahora como siempre lo fue, porque el Espíritu de Dios está tan verdaderamente aquí ahora como lo estuvo entonces. ¿Digo esto para alentar la suposición? Dios no lo permita, pues yo mismo no me reuniría con nadie que pretendiera arrogantemente ser la Iglesia de Dios, como tampoco lo haría con quienes se reúnen en cualquier otro terreno que no sea ese. Aferrémonos a la verdad, y esto de manera práctica, sin pretender ser más o menos de lo que realmente somos, sin atrevernos a reunirnos de otra manera o con otro nombre que no sea el suyo, sino poseyendo el presente estado de ruina. El único principio sano y sagrado para reunirse es el Cuerpo único, y este es el Cuerpo de Cristo.

A continuación, se nos dice que: «Dios los ha puesto en la iglesia: primero a los apóstoles, segundo a los profetas, tercero a los maestros, luego a los que hacen milagros, después los dones de curar, de ayudar, de gobernar, y diversidad de lenguas» (v. 28). Observe usted que es el mismo designio que antes: rebajar al lugar más bajo lo que los corintios habían puesto en primer lugar. «Primero a los apóstoles», y lo último son estas «diversidad de lenguas». Sin embargo, ninguno de los hermanos poseía todos los dones, como encontramos en los versículos 29 y 30: «¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Son todos maestros? ¿Hacen todos milagros? ¿Tienen todos dones de curar? ¿Hablan todas diversas lenguas? ¿Interpretan todos?». Además, se establecen en la Iglesia, no en una iglesia; y es la Iglesia en la tierra, no en el cielo. Es una unidad real y viva en la práctica. Por lo tanto, el nacionalismo o el voluntarismo están excluidos no menos que el romanismo. Todos ellos niegan el Cuerpo único en principio y en la práctica.

El capítulo concluye con una exhortación a anhelar «los dones más grandes», es decir, los que son para la edificación, aunque tengan menos de ostentación que de poder y bendición para la Asamblea.

## 2 - Capítulo 14 (v. 20 al 40)

### 2.1 - La acción del Espíritu Santo en la Asamblea

Antes de retomar la porción que acabamos de leer, puedo añadir algunas palabras para conectar la parte anterior de este capítulo y el capítulo anterior con lo que ya hemos tenido. En **1 Corintios 12** mostré que el gran principio se establece, no solo de los dones, sino de lo que se llama «espiritual», siendo la palabra «espiritual» mucho más que una cuestión de «dones» espirituales. Lo que pertenece al Espíritu es el punto. Ahora bien, lo más importante de todo es esto, no tanto estos dones, en los que se despliega su poder en diversas formas, sino, sobre todo, la presencia de Dios; la presencia de Dios ahora hecha en esta forma especial de ella, que el Espíritu Santo está aquí para actuar soberanamente en la Asamblea.

Esto, por lo tanto, es una cuestión más profunda y de mayor importancia que cualquier despliegue de dones particulares; y no debemos olvidar que está incluido en la doctrina de **1 Corintios 12**. Muestra, sin duda, que hay varias formas en las que él obra. Pero, ¿quién es el que obra? Es Dios; y no es solo de una manera general en la que puede decirse que lo hace todo, sino que la solemne verdad que se nos presenta, y que cada uno debemos valorar según la medida de nuestra apreciación de las cosas divinas, es esta: Dios presente de una manera nueva e íntima, como nunca lo estuvo antes, ni podría estarlo aparte del cumplimiento de la redención. Se aclara inmensamente el tema cuando el alma entra en esto.

Sabemos muy bien que en todos los momentos de la historia del mundo Dios intervino. Nunca dejó de ser testigo de su poder y de su bondad. Pero otra cosa es que él mismo esté tan presente como para dar carácter al lugar donde se ha complacido en venir y hacer su morada. Se admite que ahora no se trata de una señal visible. En Israel sí lo fue; y siendo ellos aburridos, y siendo esto acorde con el carácter de sus tratos generales, Jehová dio allí una prueba palpable de su presencia. Estaba la nube que lo anunciaba. Esto daba la certeza, por lo tanto, a un israelita de que Dios habitaba allí de una manera que nunca había hecho antes. Si habían sido redimidos de Egipto, tenían al propio Dios tomando su morada en medio de su pueblo. Pero esto era solo una señal; y era también una señal de que Dios habitaba en las tinieblas, pues tal era su naturaleza, de un Dios al que no se podía acercarse demasiado, de un Dios que estaba sacando a la luz, a propósito, la pecaminosidad del pueblo que se encontraba en esta comparativa cercanía a él. Todavía había pecado entre ellos, y ninguna ofrenda que pudiera eliminarlo para siempre.

Ahora, por el contrario, la base de la presencia o morada de Dios con nosotros es el hecho glorioso de que el pecado es juzgado en la cruz, y que Dios, en consecuencia, puede estar presente no solo judicialmente, ni solo con una señal de su gloria, sino en la realidad de su gracia; no cerrando todavía el lugar de la responsabilidad, por supuesto, ni sacándonos del camino de la fe, sino fortaleciéndonos en él. En consecuencia, el gran punto a lo largo de todos estos capítulos es este: todo lo que no consiste en la presencia de un Dios de gracia que está él mismo en medio de su pueblo –en realidad allí–, todo lo que no le conviene es inadecuado para él. No se trata simplemente de que el pueblo sea cristiano –lo que se da por supuesto–, sino de la fidelidad, el cuidado, la dependencia de Dios en el uso de los medios que él nos da para glorificar al Señor Jesús por el Espíritu en su Asamblea.

## 2.2 - La Asamblea, morada de Dios

Dios está aquí en medio de nosotros: no simplemente habitando en cada uno, lo cual es perfectamente cierto, sino que Dios hace de nosotros, cuando estamos reunidos, su morada. Este principio se establece, no solo en [1 Corintios 12](#), sino en [1 Corintios 3](#), y se supone que en toda la epístola. Debemos recordar que se trata de una presencia aquí, no meramente de ida y vuelta, sino aquí en la tierra. En aquel tiempo tenían a Dios actuando según la victoria del Señor Jesucristo sobre Satanás; de modo que había curaciones, y poderes milagrosos, fruto de la completa victoria sobre lo que incluso el juicio de Dios había traído al mundo. Pero además de eso, hubo lo que es de valor permanente para el testimonio de Dios aquí abajo; como, por ejemplo, la gracia que edifica a los miembros del Cuerpo de Cristo por medio de maestros y similares –la palabra de sabiduría, y de conocimiento, etc. Sobre esto no necesito detenerme, sino simplemente recordar los dos grandes hechos: una morada de Dios en la tierra; y, en segundo lugar, esa morada, mientras es realmente buena y verdadera en cada lugar particular, como realmente *una* dondequiera que se encuentre. Es decir, hay un sello de unidad en ella, que está ligado al hecho de que el Espíritu Santo está allí, quien por su presencia es incapaz de imprimir otra cosa que no sea la unidad. ¿Quién no ve un solo Espíritu presentado enfáticamente ante nosotros en el capítulo?

Ahora insisto en esto, porque no hay un solo sistema religioso sobre la faz de la tierra que no haya dejado escapar de alguna manera esa unidad –incluso aquellos que más se jactan de ella. Tomemos, por ejemplo, la Iglesia de Roma. Después de todo hay una gran cantidad, incluso en Roma, de lo que se puede llamar independencia,

ya que admite no solo sus parroquias separadas y diócesis distintas, etc., sino órdenes sacerdotales totalmente distintas. Lo único que tiene la apariencia de unidad es que hay un gobernador sobre todas. Ellos y otros hablan de unidad de doctrina, de disciplina y de cosas similares. Pero no ven lo completamente corto que es esto del «Cuerpo único». Porque puede haber la misma clase de doctrina y disciplina en media docena de cuerpos, y ninguna unidad en absoluto; como, por ejemplo, en los cuerpos metodistas, o en los presbiterianos, que están separados unos de otros.

### 2.3 - La unidad del Cuerpo de Cristo

Pero ¡qué cosa tan diferente es la unidad en la mente de Dios! ¡Qué tan distinta es la unidad de la Iglesia según las Escrituras! Porque allí no vemos «un Espíritu» y muchos cuerpos, aunque tuvieran una política similar, sino un Espíritu y un Cuerpo. Y qué cosa tan bendita es saber, amados amigos, que esta unidad es nuestra, y que es nuestra no en un sentido exclusivo sino inclusivo – ¡que la unidad de la cual nos recordamos unos a otros, en cuanto a la cual necesitamos reprender continuamente nuestros estrechos corazones, es la que mantenemos para todos los que son Suyos! No es un lugar extraño al que deseamos obligar a los santos, no es algo que anhelamos como un objeto cercano a nuestros corazones de manera egoísta y, por lo tanto, lo clamamos; pero nuestro único motivo es ese – es la verdad, esta unidad del Espíritu según la voluntad de Dios. Es una relación, y esto en gracia, que Dios ha establecido por la presencia de su Espíritu para todos los que son suyos en la tierra, siendo el gran esfuerzo del diablo impedir su manifestación, destruir el sentido de la misma, y, en consecuencia, toda acción justa sobre ella en las mentes y caminos de los santos de Dios. Porque insisto en que no se trata simplemente de la entrada del mundo, sino del pensamiento más solemne de que los santos de Dios han perdido incluso la idea de esta unidad. En consecuencia, cuando la mayoría mira las diversas iglesias que existen a su alrededor, es con un sentimiento de complacencia, no de vergüenza y dolor por el nombre herido del Señor. Pero, aunque se aflijan, que se levanten y hagan ellos mismos la voluntad del Señor sin esperar a los demás; especialmente porque obedecer es mejor que sacrificar, y el ejemplo da más fuerza al precepto. ¿Por qué han de seguir con lo que no es bíblico? ¿Quién se lo pide a ellos? Ciertamente no el Señor.

La doctrina de [1 Corintios 12](#) es que «Dios los ha puesto en la iglesia, primeros a los apóstoles», etc. (v. 28). Es decir, el Espíritu de Dios borra todos los esfuerzos del hombre para arreglar los asuntos de manera que se eviten las dificultades, y permite

que se mantenga lo que él llama derechos, y que se asegure mejor, según piensa, contra la colisión. Los hombres tienen la noción de que no hay verdad, sino solo “opiniones” en cuanto a las cosas divinas; de modo que es imposible, donde las almas se reúnen libremente, que no haya dificultad y peligro. Concedido; todos admitimos eso. Si tenemos la idea de que, viniendo y encontrándonos en el terreno de la verdad de Dios sobre la Iglesia, no encontraremos dificultades, y evitaremos toda colisión, ciertamente nos hemos engañado. Y, amados amigos, es mucho mejor que estemos convencidos de esto desde el principio, y que recordemos que Dios nunca garantizó a su Asamblea que no habría pruebas para probarnos. Por el contrario, es allí donde las busco, y es seguro que las encontraré; pero entonces, ¿es eso todo? ¿Es la Iglesia simplemente un número de personas piadosas que se reúnen y que buscan la gracia para soportarse mutuamente? No, es la morada de Dios; ¿y no está Dios allí? En verdad está, y se muestra, no por medio de una nube, como en los días de antaño, sino por medio del Espíritu Santo, como se dice: «Morada de Dios en el Espíritu» (Efe. 2:22).

El Espíritu Santo ocupa ahora para nosotros el mismo lugar que tenía la nube de gloria para Israel; y lo que entonces era solo una señal visible, aunque gloriosa, es ahora una persona divina con poder. Porque si hay alguna persona en la Divinidad a la que le corresponde actuar con poder, es el Espíritu Santo. Cualesquiera que sean los designios del Padre, y cualquiera que sea la obra que el Hijo haya realizado para llevar a cabo esos designios, el Espíritu Santo es siempre el que los lleva a cabo; y el Espíritu Santo ha ocupado ahora este mismo lugar. Ahí está el secreto de la unidad. ¿Quién es el que está en la Iglesia, y qué hace que sea la Iglesia de Dios? No digo simplemente hombres piadosos, sino de hecho la presencia del Espíritu Santo. Por lo tanto, es una cuestión de si realmente creemos en él, y si lo buscamos. Si lo hacemos, la consecuencia será que nuestra fe será probada y puesta a prueba; pero entonces encontraremos que la fe, por más que sea probada, nunca es defraudada. Si hemos traído alguna incredulidad propia, algún pensamiento natural de nosotros mismos, alguna expectativa propia, serán, sin duda, decepcionados; pero esto será una bendición. Es bueno para nosotros ser corregidos por el Señor; y él nos ha traído donde puede tratar con nosotros como **uno** presente con nosotros, y actuando para su propia gloria.

## 2.4 - El amor

Y como esto es lo que [1 Corintios 12](#) pone ante nosotros, así, siguiéndolo, el apóstol recuerda a los corintios que había una cosa aún mejor que los dones. Esto era el amor. De ahí, por tanto, el lugar de [1 Corintios 13](#). Mirando la naturaleza de Dios, no hay duda de que es Luz, pero ¿cuál es la energía de esa naturaleza? Es el amor. Es esto lo que viene activamente a nosotros desde Dios y nos bendice. Como él ha tomado su lugar en la Iglesia, no se trata de su ley para un pueblo en la carne que no podría acercarse, porque Dios mismo está allí. No se pone simplemente en forma de gracia. El amor es la energía de la naturaleza divina, como la gracia su forma especial hacia el mal con el que trata, y que se eleva por encima. Así, el amor puede estar donde no hay duda de lo que trata, siendo el manantial de lo que expresa la naturaleza divina en su deleite y actividad en el bien. Esto se desarrolla de la manera más bendita en [1 Corintios 13](#). Es lo que Cristo nos mostró ser en Dios; es lo que el Espíritu quiere ejercer ahora en nosotros.

Es imposible que la Asamblea de Dios se mueva sanamente o disfrute felizmente de la verdad, a menos que el efecto de la verdad sea liberarnos de lo que obstaculiza el amor, para juzgar todas las raíces de lo que impediría el ejercicio de este principio divino. De ahí que el apóstol insista en que, cualquiera que sea el valor de la profecía, o de la ciencia, o de cualquier otro don, todos ellos se marchan tarde o temprano. Solo se adaptan a una condición imperfecta, después de todo se encuentran necesariamente aquí abajo; pero el amor no es así. Al igual que Aquel que es su fuente, permanece y no cambia. Sin embargo, el hecho bendito es que el amor es también una cosa presente, y nunca es más necesario que ahora, como una fuente santa de actividad para el santo, como tal, o en la Iglesia. Esto nos lo muestra el apóstol en el último versículo del capítulo: «Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estas tres cosas; pero la mayor de ellas es el amor» (13:13).

Al llegar a [1 Corintios 14](#), entonces, no tenemos el principio (que tenemos en [1 Cor. 12](#)) ni el manantial del poder como en [1 Corintios 13](#), sino la práctica, la aplicación, de la gran verdad. Es cierto –y hago la observación porque la he visto objetada no hace mucho tiempo– que no oímos hablar mucho de los dones en [1 Corintios 14](#). La razón es que Dios supone que los dones son una parte de la vida. La razón es que Dios supone que hemos leído [1 Corintios 12](#). Él no escribe la palabra para ahorrarle problemas a la gente, ni está escrita, como los hombres predicán, en textos; por lo cual las escrituras se divorcian, y su fuerza en conexión se destruye. No es así; Dios ha escrito su Palabra para que sea apreciada, para que sea materia de espera

en el Señor, para que podamos entrar en ella y disfrutarla plenamente, aunque no se entienda toda de una vez. ¡Qué sabiamente es así! Doy gracias a Dios porque su palabra está tan escrita que nunca hubo un alma desde el comienzo del mundo que pudiera tomarla y comprenderla, ni siquiera los propios apóstoles y profetas. Doy gracias a Dios porque Su palabra nos llama a tomar el lugar de aprendices. Cuanto más nos da Dios para saber, más nos hace sentir cuánto queda por aprender, y así nos mantenemos, como él quiere, en actitud de espera. Sin duda, esto no le conviene al mundo. Conviene mucho más hablar como si se entendiera todo, mientras que, por el contrario, se descubrirá lo poco que se sabe en realidad.

El punto aquí es que [1 Corintios 14](#) es una parte integral del gran argumento que se inicia en [1 Corintios 12](#); y [1 Corintios 13](#) no es, como los hombres suponen, una mera digresión sobre el amor, sino un elemento muy necesario de todo. Porque, cualquiera que sea el lugar del amor individualmente, ¡cuánto más es necesario cuando somos llevados al lugar de tal cercanía, de tal ámbito de afecto, de tal necesidad de paciencia, de tal llamado a la fe!

## 2.5 - Efectos de la redención

Sin duda, nuestro acercamiento como Iglesia de Dios supone nuestra redención. No se trata de algún don o doctrina peculiar, sino de la presencia de Dios que nos redimió, para que él pudiera disfrutar con nosotros, y nosotros con él, de todo lo que nos ha dado. Esta es la Iglesia de Dios. En consecuencia, es el lugar donde el amor tiene su pleno ejercicio; y no dudo en decir que no podría haber una esfera para el amor como la que se nos da ahora. Lo tendremos en el cielo de otra manera, y en una plenitud sin aleación adecuada para el cielo. Allí, por supuesto, todo será perfección positiva y disfrute; pero aquí, en un lugar de dificultad, de dolor, de prueba, en un lugar donde tenemos que caminar constantemente por encima de las circunstancias, es una esfera donde el amor puede crecer, y sus efectos pueden florecer.

En [1 Corintios 14](#) se suponen los dones de los que el apóstol había estado hablando en [1 Corintios 12](#). Argumentar como lo hace la incredulidad, como si no hubiera nada en [1 Corintios 14](#) de la misma naturaleza que en [1 Corintios 12](#) es una mera locura. Pero, yendo al grano, hay una cosa que quisiera explicar antes de mencionar el argumento general del apóstol. Al principio del capítulo él contrasta el profetizar con las lenguas en gran medida, hablando del primero en estos términos: «El que profetiza, habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación» (v. 3). Ahora bien, hay muchas personas que entienden que esto significa que quien habla

para exhortar y consolar profetiza. Esto es confundirlo. No se podría invertir la frase y seguir manteniendo la verdad. Lo que el apóstol quiere decir es esto: el hombre que solo habla en una lengua no edifica, ni exhorta ni consuela; el hombre que profetiza sí. La verdad es que profetizar es el carácter más elevado de la comunicación divina a través del hombre. No se trata de abrir el futuro, sino de unir a Dios con el alma. Podemos ver un ejemplo de ello en el caso de la mujer de Samaria. Lo que Cristo le dijo evidentemente trajo a Dios mismo a su conciencia, y ella despertó de inmediato a la convicción de que Aquel que habló era un profeta. La profecía es, por lo tanto, la comunicación más íntima y directa de Dios al tratar con el alma, dando a la persona la certeza de que la mente de Dios está siendo expresada. Por supuesto que el hombre que profetiza edifica; pero hay muchas otras formas de ministrar al alma. Hay consuelo y exhortación en la enseñanza; y, además, en la predicación del evangelio puede haber gran consuelo para el alma; pero aun así estas cosas son distintas de la profecía.

## 2.6 - El mal uso de los dones

Ahora el apóstol señala (hago esta observación con el propósito de ayudar un poco a la comprensión del alcance general del capítulo) dos dones, uno de los cuales fue menospreciado, el otro sobrevalorado, por los corintios. Menospreciaban el profetismo, porque no se ejercitaban en lo más mínimo en el disfrute de Dios. Valoraban las señales y las lenguas; y el apóstol les ha dado varios golpes severos, desde el principio hasta el final de la Epístola, en cuanto a su baja condición en este mismo particular. En resumen, andaban como hombres. Disfrutaban del ejercicio intelectual, de las especulaciones vivas, del flujo chispeante de la elocuencia. Todas estas cosas tenían encantos para los santos corintios. No quiero decir que no se tratara de las Escrituras. Por supuesto que puede haber sido; pero lo que no disfrutaban era el trato de Dios con sus almas. Y la razón es clara. Ellos estaban en un estado intacto. Algunos de ellos se estaban volviendo litigiosos, otros se burlaban de los templos y sacrificios paganos; había desorden en la adoración, se cuestionaba la doctrina fundamental, algunos de ellos (como sabemos) ni siquiera eran morales, el pecado grave era muy poco juzgado.

Bien, como vimos, el apóstol confronta estos dos dones, el de profecía y el de lenguas, principalmente, porque son las antípodas, por así decirlo, el uno del otro –hablar en una lengua es una de las formas más bajas en las que el Espíritu de Dios actúa, mientras que profetizar es la más alta. Él los censura por su continuo ha-

blar en lenguas en la asamblea de Dios, mientras que no se sentía ningún valor real por profetizar. ¿Cómo llegó esto? Habían partido de una idea falsa. Su idea era que la iglesia era el lugar para la exhibición del poder divino, y que hablar en lenguas era una de las pruebas más llamativas y conspicuas del poder de Dios, por lo que pensaban que era la exhibición más adecuada para la Iglesia de Dios. No es así, dice el apóstol, que por lo tanto trae, como un medio para ayudarlo en lo que sigue, el porte del amor. No hay nada tan característico de Dios entre los suyos como el amor. Porque no estamos hablando aquí del amor que va hacia los rebeldes, como por ejemplo el evangelio usado para ganar almas. Es notable que el evangelio no aparezca nunca en este capítulo, por más precioso que sea en su propio lugar. En la Epístola a los Efesios el evangelista es una característica esencial; y allí, por lo tanto, el Señor lo presenta de una manera muy importante, no solo en relación con las almas, sino con la Iglesia. Esto no debe olvidarse, ya que el evangelista es uno de los que son dados «a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (Efe. 4:12). Aquí desaparece, porque no es el testimonio de amor a la Iglesia, y menos aún al mundo, sino la presencia de Dios en la Iglesia ante el mundo, lo que es el punto en nuestra epístola.

La idea de los corintios era que todo lo que desplegaba el poder en ellos ante el mundo era cosa de la Iglesia. En absoluto, dice el apóstol, y por eso no hay amor en ella; y, en consecuencia, como muestra aquí (1 Cor. 14:3), no hay consuelo, ni nada que actúe sobre el alma para edificación. Este es el efecto del amor divino. Nunca puede haber verdadera edificación sin que el amor divino sea de una u otra manera lo que actúa sobre el alma, o en lo que el alma misma está actuando.

Así, el apóstol une estos dos dones con bastante extensión. Muestra la perfecta insensatez de que estas lenguas desconocidas sean arrastradas a la Iglesia simplemente porque eran una muestra del poder divino. ¿Pero qué sigue? Tenemos la manera sorprendente en que el Espíritu se nos presenta aquí en su acción; y de nuevo, cómo los santos, incuestionables santos, teniendo un poder incuestionable en el Espíritu de Dios, pueden después de todo estar luchando contra la voluntad de Dios.

## 2.7 - El Espíritu Santo con la Iglesia

Qué imagen tan viva nos da, en primer lugar, del hecho de que el Espíritu de Dios ha bajado a servir. Su acción podría estar toda pervertida, pero aun así él estaba allí. No retuvo estos poderes. Este es un pensamiento muy solemne. No solo está lleno de consuelo en lo que es bueno, sino que es extremadamente humillante en lo que

es malo.

Y ahora, ¿en qué se basa este hecho maravilloso de que el Espíritu Santo está aquí, y permanece con nosotros, y esto para siempre? No se debe a los santos, sino a Cristo y a la redención de Cristo. Esta es la razón por la cual ningún camino oscuro de los hombres, ninguna ruptura de la Iglesia, lo alejó. El Espíritu de Dios permaneció y permanecerá hasta que la Iglesia se complete. Por lo tanto, es inútil que las personas digan: “¿Dónde están ahora esos poderes?”. Esta no es en absoluto la cuestión. La cuestión es la presencia del Espíritu mismo. Pero, sin embargo, observarán que cuando tenían el poder, podía haber y había la mayor confusión. Y cuando estos poderes ya no se muestran, ¿qué pasa entonces? Es allí donde entra la incredulidad, y quiere ignorar la gran verdad de la presencia del Espíritu en la Iglesia.

Les pregunto, amados amigos, ¿podéis decir que Dios os ha enseñado esta verdad; o sois indiferentes a ella? ¿Es la presencia del Espíritu la que os reúne para honrarle como Señor que murió por vosotros? Lamento decir que en muchos casos no parece que lo sea; pues me temo que algunos de los hijos de Dios que no tienen enfermedades u otros impedimentos legales, se permiten solo el partimiento del pan, y nada más, y así dejan de magnificar al Señor en su voluntad y sus caminos, y obstaculizan inmensamente su propia bendición. Si se tratara de personas que no pudieran salir, o de aquellas que no tuvieran otra oportunidad, sería muy digno de amor y respeto por las almas soportar tranquilamente tal prueba y dificultad; pero les confieso que es un gran dolor cuando uno ve a hermanos que solo hacen una aparición en la mañana del día del Señor, manteniéndose solo dentro del límite de lo que les da derecho a tener su lugar en el nombre, y nada más. Por muy preciosa que sea la Cena del Señor, cuando se participa en la comunión de los santos, y de acuerdo con la Palabra de Dios, si de este modo forma no solo la base, sino la totalidad del servicio cristiano y del culto en público, parece ser solo otra forma de ritualismo. El Señor no se merece esto de nuestras manos; ni lo recibirá de quienes sienten quién es el que espera encontrarse con nosotros cuando nos reunimos. ¿Y está el Señor solo cuando partimos el pan? ¿No está ahí cuando nos reunimos para orar? ¿No tenemos peticiones que ofrecer? ¿O suponemos que, por no participar activamente, no tenemos lugar allí?

Es ciertamente haberse olvidado de Dios, y de su obra en todo; porque no se trata solo de los grandes dones, sino, como lo tenemos en Efesios, de «todo ligamento de apoyo, según la actividad de cada miembro, lleva a cabo el crecimiento del cuerpo para su edificación en amor» (4:16). No se trata de los hombres principales solamente, sino de lo que cada uno debe al resto. Ciertamente, amados amigos, cualquiera

que sea el humilde lugar que un santo de Dios tenga en el Cuerpo de Cristo, tiene ese lugar que le es dado por Dios en el Cuerpo: la Iglesia. Si se cree las Escrituras, no se puede negar que es una realidad aquí; y si es así, entonces no hay una articulación en ese Cuerpo sino la que está destinada, no meramente a recibir, sino a suministrar el bien. Sin duda, una gran fuente de nuestra debilidad radica en la poca fe que cada santo tiene en la importancia de su lugar con respecto a todos los demás. Dios no actúa en el Cuerpo espiritual, ni en el natural, con total independencia del estado y la condición de los miembros particulares. El Cuerpo espiritual es un Cuerpo vivo, y es un Cuerpo inteligente. En la Casa de Dios mora y actúa el Espíritu. ¿No es acaso el Espíritu «de fortaleza, de amor y de sensatez»? (2 Tim. 1:7). Y es eso cierto ¿solo para aquellos cuya voz se escucha en las reuniones de los santos? ¿No es cierto para todos aquellos en quienes él mora, para cada uno que es parte constitutiva del Cuerpo de Cristo, como lo es cada santo?

Tengamos, pues, más fe en lo que Dios ha escrito para la bendición común de todos, y más confianza en el Señor usando a los que pueden ser pequeños o débiles. Su presencia es una gran cosa, y aún más la actividad de sus almas cuando están presentes. Nuestro lugar no es criticar, ni disgustarnos por esto o aquello, ni entregarnos al partidismo o a cualquier obra que pueda contristar al Espíritu; porque de cualquier manera nos estaríamos reuniendo para lo peor y no para lo mejor. Cuando existe la certeza de que Dios está allí, y que cada uno de nosotros forma parte de lo que le glorifica, ¡qué diferencia hay! ¿Por qué? Porque en el amor buscamos la edificación de todos; y, vuelvo a decir, que no es solo lo que se dice o lo que se ora, sino también el tono de todos, que tiene mucho que ver con ello, el espíritu con el que estamos allí. ¿Es cierto que, cuando nos reunimos, nos encontramos realmente en la verdad de aquello para lo que estamos allí? Nuestras almas manifestándose en oración, adoración o lo que sea. En la medida en que es una persona divina la que está presente con nosotros, él conoce todos los corazones, y tenemos que mirar bien hasta qué punto estamos obstaculizando o ayudando en el objeto para el que nos reunimos: la gloria de Cristo.

Pero como los corintios eran infantiles en este asunto de las lenguas, el apóstol los reprende severamente, y exige (v. 7) cuál sería el efecto si todo fuera una jerga de sonidos; usando todo esto para convencerlos de la insensatez de lo que era prácticamente un mero revoltijo de sonidos indistinguibles. Se insiste en que se entienda al orador de forma reiterada (v. 11-17). No es que el apóstol no hablara con más lenguas que todos ellos; pero en la asamblea prefería hablar cinco palabras con su entendimiento, para poder enseñar a otros, que diez mil palabras en lengua (v. 18-

19). Los lleva a este punto (v. 20), que ellos eran solo niños todavía. «Hermanos, no seáis niños en su manera de pensar. Sed infantiles en la malicia, pero sed adultos en su manera de pensar».

## 2.8 - Redimidos para gloria de Dios

Ya sea individualmente o como asamblea, el fin para el que Dios nos ha redimido es su propia gloria, y la manera en que nos forma para esa gloria ahora es a través de **uno** que está aquí con nosotros en quien estamos llamados a apoyarnos, cuya obra y deleite es exaltar y encomendar a Jesús. Él ha enviado el Espíritu con cuya acción estamos llamados a contar, no importa cuál sea la dificultad. Tomemos ahora, por ejemplo, un caso de disciplina: Lo menciono porque ustedes pudieran estar familiarizados con él. ¿Cómo se mostraría esto en la asamblea en contraste con los caminos de los hombres, o con una compañía incluso de hijos de Dios actuando sobre bases humanas? ¿Cómo lo decidirían estos últimos? En el mejor de los casos, tratarían de resolverlo, una vez presentados los hechos, por mayoría, mediante una muestra de votos. Este es el camino del hombre. No conoce nada mejor, porque la idea principal son los hombres que están allí, los individuos a los que les corresponde juzgar. ¿Cómo influiría la fe en la presencia de Dios, de su Espíritu, en un asunto así? El caso se presenta ante la asamblea. Puede haber una diferencia en las mentes de los presentes. Se exponen los hechos. Antes de que se diga una sola palabra, tal vez se tenga la sensación de que falta algo. Hay un silencio absoluto. Un hermano se levanta (pues Dios no quiere que nos apartemos del orden de su asamblea; puede haber algunas hermanas que tengan un simple juicio espiritual tan verdadero como los hombres, pero no deben violar el orden de Dios), que declara que siente una dificultad, y sugiere que sería bueno indagar, esperar en Dios un poco más. La asamblea se inclina. La disciplina es una cosa que no se puede forzar. No se trata de una mayoría, sino de que Dios dé una convicción inteligente a la asamblea. En consecuencia, hay una pausa en el procedimiento. El caso se examina un poco más a fondo. Se examina el punto de la duda. Dios no rechaza su luz. Los hechos se presentan de nuevo; durante la pausa la verdad se presenta de manera convincente. La duda de si el caso no era plenamente conocido, de si el pecado que se juzgaba era tan grave como parecía, desaparece por completo. Los hechos son demasiado claros; ya no queda ninguna duda en la mente de ninguna persona espiritual; y la disciplina debe seguir su curso.

La Iglesia de Dios tiene derecho, en virtud de Aquel que está en ella, a buscar la luz

divina; no a actuar en la oscuridad, sino a esperar en Dios con la certeza de conocer su propia mente. Ahora bien, no niego que pueda haber en ciertos casos un error, pero entonces siempre hay un motivo inteligible para ver cómo se ha cometido el error. La asamblea podría actuar precipitadamente, y esto mismo la condenaría; pues suponiendo que se demuestre que en cierto caso de disciplina han estado demasiado prestos a actuar por un solo testimonio, no es de extrañar que no hayan tenido la guía del Señor. Porque es un principio bíblico claro que «de boca de dos o tres testigos conste toda palabra» (Mat. 18:16). Es una cosa extremadamente humillante cuando una asamblea tiene que reconocer que ha actuado precipitadamente; porque el mismo hecho de que estemos reunidos así tiene el propósito, en la medida de lo posible, de corregir lo que pueda faltar en nosotros como individuos. Cuando estamos realmente sometidos al Señor, todo es seguro.

## 2.9 - Buscar la conducción de la Palabra de Dios

Tenemos derecho, digo, a buscar la guía de Dios; pero uno admite perfectamente que puede haber tal cosa como un error. La asamblea no es más infalible que un cristiano individual. Porque lo que hace que la asamblea sea la de Dios no es que sean cristianos, sino que tienen **su** presencia allí, Dios está presente y dejado libre para actuar por su propia Palabra. Y este es el terreno en el que buscamos orientación. Pero lo mismo ocurre con un individuo. Tiene la presencia de Dios en él, pero ¿esto lo hace infalible? La verdad es que no existe la infalibilidad sino en Dios mismo; pero entonces debemos sostener que, en la medida en que un individuo espera en Dios, es guiado proporcionalmente; y, por supuesto, en la medida en que la asamblea espera en Dios, goza de la misma guía de gracia. Pero no hay motivo para nada como una alta pretensión, o la noción de que no puede haber un error, por la prisa, por parte de uno u otro, aunque es mucho menos probable en la asamblea. Tenemos que orar para que, justamente donde seamos aptos para apresurarnos por exceso de confianza, seamos vigilantes; ya que, por el contrario, debemos tener en cuenta que justamente porque la gracia de Dios nos ha puesto en el lugar de la Iglesia de Dios, en ese lugar Satanás está particularmente ansioso por rebajar, pervertir y deshonar el nombre del Señor Jesús mediante nosotros.

Esto debería enseñarnos a apoyarnos en el Señor y, como asamblea de Dios, procurar ser fieles a su Palabra. Pero es muy importante recordar que la Asamblea de Dios en su conjunto está ahora en un estado de ruina. No debo confiar en el hombre que sostuviera esta preciosa verdad de la presencia de Dios en la Iglesia, sin el sentido de

la condición de las cosas en la actualidad. Necesitamos esto profundamente; porque donde esto se pierde de vista, hay propensión a la imprudencia, y una altanería tan peligrosa en el uso de la verdad, que nos dejaría fuera de la acción del Espíritu de Dios.

Lo mismo sucede con una persona que es llevada a Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. No se trata simplemente de que sea llevado a Dios por medio de la fe. Esto es muy cierto; pero también está lo que pone al alma en el polvo, en la confesión de su total ruina, tan verdaderamente como está el sentido de la bendición a la que es llevada. Y así es ahora, cuando Dios no solo nos ha colocado en relaciones tan íntimas con él mismo como Asamblea, sino que también nos ha mostrado el estado de la Iglesia en general. Y de todas las personas sobre la faz de la tierra, deberíamos recordarlo más.

Pero de nuevo observamos otro punto de interés. Vemos en el curso de este capítulo el hecho de que, en la asamblea, tal como la conocía Pablo, tenemos el mismo tipo de acción con el que estamos familiarizados. Tenemos cánticos, tenemos oraciones y tenemos bendiciones. El gran centro de esta última era la mesa del Señor, como aprendemos de los capítulos anteriores (1 Cor. 10 y 11). Aquí, en cambio, es la acción y la presencia del Espíritu Santo. Pero les recuerdo que aquí leemos justamente los mismos elementos que se encuentran ahora, no todos los que eran entonces, sino hasta donde llegan.

## 2.10 - La edificación en la Asamblea

Volviendo a nuestro tema, vemos en este capítulo que, así como las lenguas pueden servir poderosamente como señal para los incrédulos, lo que el apóstol prefiere es lo que actúa en y por el entendimiento del creyente. Se esfuerza especialmente en mostrar que su sentimiento sobre el

tema no era por celos, o porque no tuviera tantos dones como ellos. El apóstol no tenía ningún motivo personal para desacreditar los dones de los que hablaba, pues dice: «Doy gracias a Dios de que hablo en lenguas más que todos vosotros» (v. 18). Pero lo que él quería era la edificación, es decir, la edificación de los santos. Y el crecimiento de los santos es inseparable de la actividad del amor divino en su favor. Por lo tanto, insistió en esto. Todo lo que no se daba para la edificación era inadecuado para la Iglesia de Dios.

Aquí puedo decir como principio, que esto debe protegernos contra cualquier amor

de singularidad entre los santos de Dios –como, entre los jóvenes, la vanidad de predicar sobre escrituras difíciles. Ahora bien, no cabe duda de que, al detenerse en algunas de esas porciones de la Palabra de Dios, puede haber una especie de interés facticio ligado a ella, o al dar alguna aplicación de un texto sencillito del que nadie más ha oído hablar. Siempre me parece una pequeñez poco común; y, además, no puedo dejar de pensar que en realidad muestra más bien una falta de juicio propio y de deseo sincero de edificación de los santos de Dios. Lo que debemos desear es lo que manifieste a Dios. ¿Podría uno concebir que Cristo hiciera tal cosa? Yo encuentro en nuestro bendito Señor exactamente lo contrario. Él fue la perfección absoluta de toda gracia y verdad. Cómo toma el hecho más simple, el tema más común de la vida diaria; cómo hace que hasta la mujer que barre el piso de su cocina, si se le permite decirlo, busque una pieza de plata perdida; o el pastor que busca a su oveja perdida. Los incidentes más triviales en sus manos son vehículos de las más altas verdades para el alma. Porque ahí es donde se muestra el verdadero poder, introduciendo a Dios en ellos, y haciendo que sean el testimonio de su bondadoso interés en nuestras almas. Hay mucho más poder cuando uno ve en el tema más simple la dignidad y la gracia del Señor. Nos hace ver a Dios actuando en él. En cuanto a lo otro, puede ser ingenioso; pero ¿qué pasa si nunca podemos confiar en él, sea o no verdadero? ¡Qué diferencia con los caminos de Dios!

Pero me limito a mencionar esto ahora, como dando un giro práctico al mismo principio que estaba entonces en acción entre los corintios. Estaban ocupados con lo que asombraría y sorprendería, y no con lo que ayudaría al crecimiento del alma en el conocimiento de Dios mismo.

El apóstol llega ahora a otro hecho (v. 21). Llama la atención sobre las escrituras del Antiguo Testamento que hablan de las lenguas extranjeras. Cada vez que el pueblo de Dios entraba en contacto con estas lenguas, se había equivocado. Si Israel hubiera permanecido en su integridad, esos sonidos extraños se habrían mantenido lejos. Les llegaron cuando se apartaron de su verdadero lugar. Los corintios harían bien en reflexionar, que las lenguas extrañas en el caso de Israel no tenían una buena conexión; podrían recordarles su locura y maldad, no siendo en absoluto un honor para los judíos.

Además, ¿a quién se dirigían las lenguas? «Así que las lenguas son para señal, no para los creyentes, sino para los incrédulos» (v. 22). Los corintios las usaban para exhibirse entre los creyentes –muy equivocado y poco inteligente. Pero «la profecía» –lo que realmente despreciaban– «no para los incrédulos, sino para los creyentes». Este es su uso directo. Pero ahora muestra otra cosa que, aunque el profetizar no es

en su uso directo dirigido a los incrédulos, puede tener un efecto poderoso en ellos, y de una manera también que las lenguas no podrían tener. Esto lo expone en forma punzante. «Si, pues, toda la iglesia se reúne en un mismo lugar, y todos hablan en lenguas extrañas, y entran los poco instruidos, o los incrédulos, ¿no dirán que estáis locos?» (v. 23). Tal sería el efecto, suponiendo que todos hablaran en lenguas (y si era bueno para uno, lo era para todos). Pero, «si todos profetizan, y entra algún incrédulo, o poco instruido, es convencido por todos, es juzgado por todos; lo secreto de su corazón se hace manifiesto» (v. 24-25). El resultado es que se ve obligado a decir «Dios está entre vosotros».

## 2.11 - La acción en la Asamblea

Este es un punto que les recuerdo como de la mayor importancia para nosotros. Se nos pide que miremos al Señor para que no impidamos la manifestación de Dios en la conciencia incluso de un incrédulo. Cuando nos reunamos como su asamblea, que nunca sea para que tomemos parte, sino para que él pueda obrar como quiera, y por quien quiera. Tampoco seamos impacientes. Nuestra parte es contar con él; ni obstaculizar a los demás, ni negarnos a avanzar si él nos guía. Supongamos que hay un silencio que puede ser doloroso para algunos –nunca seguramente una señal del poder de Dios allí, sino, por el contrario, que hay algo que obstaculiza–, aún así no dudemos sino creamos. Él sabe cómo probar y humillar, así como consolar. Lo principal es buscar ahora su presencia y acción infalibles. A la larga, él nunca decepciona, como lo hace siempre el hombre. Pero no vamos a sentarnos en silencio, sino a adorar audiblemente y ser edificados. El silencio es algo excepcional. Porque nuestro Dios no es un Dios mudo, sino **Uno** que nos ha hablado, y que nos da ahora para hablar por él y para él. Por lo tanto, la Iglesia de Dios no es en modo alguno el testimonio de un ídolo mudo, sino del Dios vivo y verdadero que está en medio de ella. Cuando nos reunimos, debemos desear que no haya ninguna restricción; pero incluso esto no es tan doloroso como el atrevimiento de aquellos que quieren hablar porque hay una puerta abierta, no porque Dios les da la palabra.

Debemos, pues, orar para que, cuando nos reunamos, Dios manifieste su presencia allí en medio de nosotros, y que no se haga nada que no le convenga. Puede ser un alma muy sencilla la que él utilice. Estoy seguro de que Dios puede hacerlo por medio de uno que no tiene nada del aprendizaje de este mundo, y que le encanta hacerlo. Pero, aun así, no debemos clamar ni a los indoctos ni a los doctos, ni suponer que hay alguna virtud particular en las meras circunstancias de los santos

de Dios, aunque es un gran testimonio de que hay libertad en la asamblea, cuando los más sencillos son bienvenidos en sus deseos de edificar. Pero esto, recuerden, es para Dios, y no para nosotros mismos. No se hace dando un himno, o leyendo un capítulo, porque hay silencio, y no podemos soportar esperar más; ni es porque un capítulo particular nos ha bendecido que debe ser leído. ¿Por qué no debería conformarme con disfrutar yo mismo del capítulo? ¿Por qué sacarlo entonces? ¿Tengo la seguridad de que Dios quiere que se lea allí? Esta es una prueba muy severa; pero seguramente, donde es Dios quien da la palabra, los que son espirituales tendrían el sentido de ella. ¿Quién es suficiente para estas cosas? Nuestra suficiencia es de Dios, que nos ha dado su Espíritu para este y todos los demás fines en la Iglesia ahora.

La gran cosa, entonces, es la manifestación de la presencia de Dios en la asamblea. Se trata, sin duda, de un caso extremo en el que el apóstol supone que todos profetizan, pero el principio es válido en todos los casos. Y encontramos, de hecho, una importante regulación en cuanto a esto que pronto sigue.

## 2.12 - Que todo se haga para edificación

Otro punto que tenemos en el versículo 26: «¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno tiene un salmo, tiene una enseñanza, tiene una revelación, tiene una lengua, tiene una interpretación. Que todo se haga para edificación». Ahora el apóstol no condena esto. Lo deja como una cuestión abierta, para que se juzgue sobre principios espirituales. No digo que lo apruebe: declara el simple hecho; pero ahora introduce lo que debía juzgar ese hecho en cada ocasión. ¿Cuál es el gran criterio aquí? «Que todo se haga para edificación». ¿Podrían ustedes decir eso? ¿Podría decir el hombre que tenía un salmo que su motivo era edificar, o el hombre que tenía una doctrina o algo parecido? Que busquen y vean. Hay **Uno** que conoce la verdad; y este Uno se complace en actuar en la Iglesia de Dios. Es, pues, un desafío, por así decirlo, a Dios cuando el alma se atreve en su presencia a actuar por su propia voluntad e inclinación. ¿Puede haber algo más solemne que el hecho de que una persona participe en la asamblea sin ejercicio, un continuo auto juicio, para ver si su motivo surge de la simple obediencia a la voluntad de Dios?

## 2.13 - Tener la convicción de ser conducido por Dios

Presionar esto no impediría la acción de Dios, solo cuestionaría la nuestra; y por eso Dios establece el principio. Daría seriedad. Un hombre debería pensar en él antes de hablar o leer. No debería pronunciar un himno simplemente porque fuera un himno dulce en sí mismo, o un favorito suyo. Todas esas cosas pueden ser ciertas, y pueden estar bien en la propia casa; pero aquí Dios está actuando con miras a la edificación de la asamblea, y el punto es: ¿Estoy seguro en mi alma de que es Dios quien me está guiando? Ahora bien, el apóstol Pedro establece esto muy positivamente cuando dice: «Si alguno habla, sea como oráculo de Dios» (1 Pe. 4:11); no simplemente según los oráculos de Dios. Uno puede hablar según las Escrituras, y sin embargo estar fuera de tiempo; porque en esto podría estar equivocado, porque no es lo que Dios está dando entonces, porque solo Él sabe lo que es mejor y para su gloria. El significado, de hecho, es: Si alguno habla, que hable como su oráculo, o portavoz entonces. Es una cosa seria para el alma de uno. ¿Estoy seguro de que Dios quiere que esto se hable ahora? ¿Es adecuado para la asamblea de Dios en este momento? Debo esperar, si no estoy seguro de ello. Es lo que el Espíritu de Dios da a entender en la exhortación: «Que todo se haga para edificación». Pero la Escritura posterior lo dice expresamente.

Si hay solemnidad, por un lado, también hay amor y libertad por el otro. Si tengo demasiado miedo, debo tener cuidado de no envolver en una servilleta lo que se presta para el bien de los demás. Así vemos que no se puede escapar del peligro por ninguna de las dos partes. El hombre que siempre está callado, porque tiene miedo, ¿qué testigo es de la gracia que alimenta al rebaño a su debido tiempo? Y, por otro lado, el hombre que siempre está tan dispuesto a dar la cara, ¿qué testigo es? Solo de su propio espíritu, de su propia confianza en sí mismo, nada más. Por lo tanto, lo que tenemos que buscar es que Dios actúe aquí, y nada debe satisfacernos menos que eso. La voluntad espiritual lo aprecia, y todo hijo de Dios cosecha la bendición, aunque el carnal preferiría, sin duda, lo que mima al hombre.

Pero, además, el apóstol establece que: «Si alguno habla en lengua extraña, que sean dos, a lo más tres, y por turno, y que uno interprete» (v. 27). Si no hubiera intérprete, no tendría nada que hacer allí. La edificación es la regla absoluta en la Asamblea de Dios.

A su debido tiempo llegamos a lo otro: profetizar. Seguramente no se puede tener demasiada profecía. Esto es lo que dice: «En cuanto a los profetas, que dos o tres hablen, y los otros juzguen» (v. 29). ¿Por qué? Porque Dios está pensando en la edi-

ficación de su Asamblea. Suponiendo que media docena de hermanos hablaran una tras otra, ¿cuál sería el efecto? Porque realmente sería demasiado de algo bueno. Debe ser desconcertante para muchos, particularmente para los santos más sencillos; y Dios siempre piensa en los pequeños: los más fuertes no necesitan tanto de su cuidado, o, al menos, no precisamente de la misma manera. Incluso pueden llegar a ser buenos por ello. Pero Dios, repito, piensa en los pequeños; y lo que desconcertaría a los simples o sería demasiado, Dios lo prohíbe aquí. «Que todo se haga para edificación». De modo que, si bien el Espíritu de Dios detiene las lenguas extrañas a menos que puedan ser convertidas en edificación, no permite ni siquiera profetizar más allá de la medida que sería para el beneficio de todos.

Luego otra cosa que se establece (v. 32) es que los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas. Porque lo que sostenían algunos de estos corintios (a juzgar por el golpe que se le da aquí) era que no podían interferir con la profecía. Si alguno tenía el Espíritu para hablar, debía hablar. Pablo les dice: “Habláis como los hombres que están poseídos por espíritus; eso podría ser el caso de un hombre bajo un demonio; pero ¿es así con el Espíritu de Dios?” El Espíritu de Dios nunca pone a un hombre, por así decirlo, en un vicio. Él, en su operación, no lo convierte en una especie de necesidad. De manera moral, puede ponerlo en el corazón; pero nunca encontramos que un hombre esté absolutamente atado y obligado a hablar. Balaam pudo haber sido forzado de manera extraordinaria a dar una declaración, así como su asno habló entonces bajo ese poder imperativo; pero seguramente nadie hablaría de ninguno de ellos como análogo a la acción del Espíritu Santo en la Asamblea de Dios.

No, los corintios que decían o pretendían (como excusa por su amor a oírse a sí mismos hablar tan a menudo) que era una necesidad, estaban todos equivocados. Este es un principio muy importante, y eso también del lado del bien, así como una advertencia del lado del mal. Porque, como nos dice el versículo 30: «Si algo es revelado a otro que está sentado, que se calle el primero». La revelación tenía este simple lugar de superioridad sobre cualquier otra cosa. La Escritura no estaba todavía toda revelada. «Porque todos podéis profetizar uno a uno, para que todos aprendan, y todos sean exhortados; y los espíritus de los profetas están sometidos a los profetas; porque Dios no es Dios de desorden, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos» (v. 31). Ningún poder libera de la responsabilidad ante el Señor en el uso del poder; y Aquel que es el Señor ha regulado el uso debido de cada don por su palabra, como aquí por la del apóstol el poder espiritual debe servir a su señorío y someterse a su autoridad. El poder irresponsable o irresistible no es del

Espíritu Santo.

## 2.14 - El lugar de la mujer (hermana) en la Asamblea

En el versículo 34 oímos hablar de una clase, y solo una en la Iglesia de Dios, a la que no se le permite tomar parte en público, a saber, las mujeres. No es que Dios no dé dones tan preciosos a las mujeres como a los hombres; pero cualesquiera que sean los dones que se les den para ejercer, no es en la Asamblea donde deben manifestarse. Soy consciente de que algunos han utilizado esto como una razón para que las mujeres prediquen. La idea de que las mujeres predicaran al mundo era una irregularidad que aún no se contemplaba. No se supone que la mujer haya olvidado tan completamente el decoro de la naturaleza. Ningún corintio deseaba siquiera que las mujeres fueran con el rostro sin rubor ante el mundo, ni alegaba el caso de los “que iban desapareciendo” (véase [1 Cor. 2:6](#)) como excusa para renunciar a ese retiro que siempre le corresponde a una mujer.

En cuanto a las mujeres de las que se habla aquí, podrían haber argumentado así –y supongo que lo hicieron–: “Si no podemos predicar, seguramente podríamos hablar en un lugar tan sagrado como la asamblea. Allí los hombres no lo malinterpretarán, ni lo imputarán a una falta de decoro”. Si había algún lugar donde las mujeres podían hablar, seguramente era en la asamblea. Pero allí está prohibido, no queriendo decir con esto que eran libres de predicar ante el mundo, sino que no podían hablar en ningún lugar públicamente, ni siquiera en la asamblea. Os concedo que en sus propias casas o con las mujeres, hay un lugar; o una mujer casada podría hablar con su marido; pero en las asambleas de los santos, repito, incluso allí estaba prohibido. ¿Qué, pues, había que hacer? «Si algo desean aprender, pregunten a sus maridos en casa; porque es indecoroso que una mujer hable en la iglesia» (v. 35). No supone que las jóvenes solteras quisieran hablar en la asamblea, sino solo las mayores. Por supuesto, los más jóvenes preguntarían a sus padres.

Continúa: «¿Acaso salió de vosotros la palabra de Dios, o sois vosotros los únicos que la habéis recibido? (v. 36). La Palabra de Dios no sale de ninguna iglesia, y no viene a ningún santo exclusivamente de otros. ¡Qué principio, y qué profundo alcance e importancia para todos! Lo contrario de esto es lo que la Iglesia siempre ha deseado de una u otra forma. No conozco una sola sociedad que se llame iglesia de hombres que no haya tratado de originar lo que debería haberse dejado a la Palabra de Dios. Cuando una iglesia establece sus reglas, cuando formula sus creencias, cuando propone cualquier cosa para actuar en cuanto a la disciplina, o el gobierno, o

la doctrina, que no esté en simple sujeción a la Palabra de Dios, cae en el mismo error contra el que la iglesia de Corinto está aquí protegida. Es evidente que esta iglesia fue realmente (no en la forma, por supuesto, sino en el principio) la progenitora de la actual condición desordenada que existe en la cristiandad desde el Papa hasta la más pequeña secta del protestantismo. Porque lo que encontramos en la Epístola no es que la iglesia en Corinto fuera el único lugar donde estaban estos dones del Espíritu Santo, sino el lugar donde se interfirió con él, donde se pervirtió mucho, donde se permitió que los principios humanos obstaculizaran la bendita acción del Espíritu de Dios. Por lo tanto, se les imputa la interferencia en el lugar del Señor.

Porque hay dos grandes principios en el capítulo, ambos trabajando en conexión con la verdad central de la presencia de Dios en la Asamblea. Alrededor de ese hecho unificador están estas dos salvaguardias: «Que todo se haga para edificación» (v. 26), y «Pero que todo se haga decorosamente y con orden» (v. 40); una, la obra del poder de la gracia divina, y la otra corrigiendo y guardando la exhibición de la misma; que, todo lo que se haga con el deseo de edificación, debe haber sumisión a la autoridad del Señor Jesús. La Iglesia es para su gloria, la edificación es el objetivo, y esto en un orden correcto según la Palabra del Señor.

## 2.15 - El nombramiento de ancianos

Es instructivo observar aquí, como se ha hecho a menudo antes, que no parece haber ancianos todavía en Corinto. Los había en muchas de las asambleas; y por supuesto eran deseables en todas cuando llegara el momento oportuno. Pero en Corinto no se habla de ninguno, donde, si acaso, sería razonable oír hablar de ellos. Esto es de gran importancia, porque demuestra que no son de ninguna manera esenciales para lo que Dios se dirige como su Asamblea. En la más eclesiástica de las Epístolas, donde la disciplina de la Iglesia, tanto en la expulsión como en la restauración, están más desarrolladas, donde tenemos la luz más completa en cuanto a la Cena del Señor y la Asamblea de Dios, los ancianos son ignorados, y, como creo, evidentemente no lo eran. Pero es mera ignorancia concluir que, donde había ancianos, como en Éfeso, etc., no se ejercían los dones, o que no se buscaba que la asamblea de Dios actuara como en [1 Corintios 12](#) y [14](#). El feliz pensamiento es que, cuando no hay apóstoles para elegir, el Señor continúa por la presencia de su Espíritu. ¿Tenemos fe para actuar sobre la base de su Asamblea? Pero el ministerio unipersonal, cuando se usa (como es en la cristiandad) para negar su acción por quien él quiere, y esto en su asamblea, es tan anti escritural como el papado. Son

culpables de implicar impiamente un cambio en la mente del apóstol, quienes tratan de pervertir 1 Timoteo o Tito, o Apocalipsis 1 - 3, para neutralizar 1 Corintios, así como para justificar el dispositivo del ministro unipersonal. Pero todo es vano. La Escritura, siendo divina y por supuesto consistente, no puede ser quebrantada; y el Señor viene pronto a juzgar a los muchos ídolos de aquellos que llevan, pero niegan, Su nombre.

Así pues, tenemos la presencia del Espíritu de Dios haciendo buena la preciosa verdad de que Dios está en la Asamblea. Está la actividad de su amor en la búsqueda de la edificación de sus santos como el motivo, pero también no debe haber ninguna infracción de los mandamientos de Aquel que es el Señor (v. 37). Todos estos cánones fueron sin duda escritos por los apóstoles, pero no por ello dejan de ser sus mandamientos. La Palabra de Dios llega a la iglesia en Corinto, pero no se origina en ella. Además, no viene solo a estos santos, sino a todos. El lugar de la Iglesia nunca es enseñar, sino someterse a la Palabra de Dios. La Iglesia no tiene autoridad en tales asuntos –no puede originar ni la doctrina ni el gobierno. El lugar de la Iglesia es estar sujeta, y esto por supuesto al Señor. No es exactamente que la Iglesia esté bajo la presidencia del Espíritu de Dios: esto creo que es una expresión no bíblica. El Señor está en ese lugar; y por eso el apóstol hace intervenir al Señor cuando se trata de una cuestión de autoridad. El Espíritu ha tomado el lugar más bien del servicio; y por lo tanto (como se señaló la última vez que lo indiqué), donde se traen las actividades, el Espíritu de Dios obra todo en el poder, pero donde es una cuestión de autoridad, es el Señor Jesús. En consecuencia, es a él a quien el Espíritu nos da a conocer como autoridad sobre nosotros cuando nos reunimos, como en todos los demás momentos. Pero tenemos que guardarnos de la trampa de los que se valen de que Jesús es el Señor, para negar que el Espíritu divide soberanamente y obra todo en todos.

Cuidemos, mientras buscamos solo lo que es para la edificación, que todas las cosas se hagan decentemente y en buen orden, siendo nuestro objetivo la promoción de la gloria del Señor Jesús. Juzguémonos continuamente por la norma de la Palabra, y, en particular, a la Asamblea por estas escrituras especiales que se aplican a ella.